

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA

REVISTA MENSUAL

—DE LA

SOCIEDAD CIENTIFICO LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR,

JOSÉ MARÍA GOMAR.

TOMO V. — NUMEROS 11 Y 12.

## —SUMARIO:—

I. Correspondencia.—II. A la señorita María Cáceres B. [poesía], por Francisco Gavidia.—III. La Navidad, por Eusebio Bracamonte.—IV. Mirtho (poesía), por Manuel Gutiérrez Nájera.—V. Emiro Kastos, por Isaias Gamboa.—VI. Japonería (poesía), por José Fianzón.—VII. Fragmento, por Leonor.—VIII. Para tí (poesía) por Alfredo Quiñones.—IX. Cena pascual, por Ismael G. Fuentes.—X. Dolora (poesía), por Sixto Morales.—XI. Polonia, por Alberto Masferrer.—XII. Efluvio (poesía), por I. Zelaya.—XIII. La primera carta, por L. del Valle.—XIV. Toques (poesía), por Juan Antonio Solórzano.—XV. La felicidad, por José Cáceres B.—XVI. Ecos (poesía), por Jeremías Martínez.—XVII. Administración de justicia, por Francisco Ochoa.—XVIII. El tentador (poesía), por Rafael Núñez.—XIX. Notas.—XX. Miscelánea.

ADMINISTRACION: CALLE DE LA INDEPENDENCIA, NUM. 61.

SAN SALVADOR, IMP. NAC. 10ª AVENIDA SUR.

Noviembre y Diciembre de 1894.

# PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

## JUNTA DIRECTIVA

Presidente	D. Eusebio Bracamonte.
1 <sup>er</sup> . Vocal	„ Víctor Jerez.
2 <sup>o</sup> „	„ Doroteo Fonseca.
Fiscal	„ Juan Gomar.
Tesorero	„ Adrián García.
1 <sup>er</sup> . Secretario	„ Alonso Reyes G.
2 <sup>o</sup> „	„ Isaias Gamboa.

## SOCIO HONORARIO:

Dr. D. Esteban Castro.

## SOCIOS ACTIVOS:

Dr. D. Nazario Salaverría.	Br. D. Leopoldo A. Rodríguez.
„ „ Francisco Espinal.	„ José María Gomar.
„ „ Alberto Masferrer.	„ J. Antonio Solórzano.
Br. „ Fermín Bayona.	„ Jeremías Martínez.
„ Indalecio Zelaya.	

## SOCIOS CORRESPONSALES:

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda.	Doña	Amalia Puga de Losada.
„	Clorinda Matto de Turner.	„	Luz Arrué de Miranda.
„	Mercedes Cabello de Carbonera.	Srita.	Lucila Gamero de Moncada.
Srita.	Josefa Carrasco.	„	María Guadalupe Reyes.
„	María Springer.	„	Rafaela Turcios C.
Lic. D.	J. Fermín Aycinena.	Dr. D.	Bubén Rivera.
„	Manuel Diéguez.	„	Abraham Rivera.
„	Carlos A. Imendia.	„	Ramón A. Salazar.
„	J. Joaquín Pérez.	„	Antonio Batres Jáuregui.
„	Ismael Cerna.	„	Esteban C. Roque.
„	Anselmo Valdés.	Br.	Juan J. Láinez.
Dr.	Désire Pector.	„	Antonio Macías.
„	Joaquín B. Calvo.	Dr.	Simeón Eduardo.
„	Salvador Flamenco.	„	David A. Payés.
„	Enrique Guzmán y Valle.	„	Ramón P. Molina.
„	Carlos G. Amézaga.	„	Santiago Key Ayala.
„	Ricardo Rossel.	„	Carlos Dárdano.
„	Manuel Moncloa y Covarrubias.	„	Francisco A. Reyes.
„	Justo Zaragoza.	„	Baltasar Parada.
„	Carlos Gagini.	Br.	Adolfo Castro.
„	Marcelino Jaramillo Ortiz.	Dr.	Jesús Díaz de León.
Dr.	Lucio Alvarenga.	„	Rafael E. Cháves.
„	Nicanor Bolet Peraza.	„	Ezio Monjiardino.
„	Francisco Argueta Vargas.	„	Leonidas Pallares Arteta.
„	Celso Briones.	„	Ismael Enrique Arciniegas.
„	Domingo Martínez Luján.	„	Carlos Fernández Shaw.
„	José Joaquín Palma.	Dr.	Francisco Cárdenas Rodríguez.
„	Sixto Morales.	„	Vicente Lines.

# LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

Comisión Redactora:

*Eusebio Bracamonte.*

*Victor Jerez,*

*Doroteo Fonseca.*

TOMO V. |

San Salvador, diciembre de 1894.

| NUM. 11 y 12

## CORRESPONDENCIA

Juticalpa, octubre 9 de 1894.

Señor don Alonso Reyes G.

San Salvador.

Señor Secretario:

He recibido, con verdadera satisfacción, la atenta nota de U. en que se sirve comunicarme que á propuesta del señor don Doroteo Fonseca, y en Junta General celebrada el 8 de abril último, fui nombrada socia corresponsal de la Academia Científico-Literaria "La Juventud Salvadoreña".

Al mismo tiempo recibí el diploma correspondiente y un ejemplar de los Estatutos de la Sociedad.

Tengo el gusto de manifestar á U., señor Secretario, que acepto con profundo reconocimiento el honor que me hace esa ilustrada Academia; y que procuraré, en cuanto sea posible, hacerme digna de la altísima honra que, sin ningún mérito de mi parte, ha tenido la bondad de dispensarme.

Tan honroso como grato es para mí el contarme entre sus miembros. Ojalá pueda serles útil en algo!

Ruego á U., señor Secretario, se sirva presentar la expresión de mi gratitud á esta simpática Corpora-

ción, y en particular al señor Fonseca por su generosa iniciativa.

De Ud. atenta y segura servidora.

*Rafaela Turcios.*

Caracas, 24 de octubre de 1894.

Señor don Alonso Reyes G., 1er Secretario de la Academia "La Juventud Salvadoreña".

San Salvador.

Muy distinguido señor mío:

Recibí el atento oficio de Ud, fecha 16 de marzo último, y me he impuesto de que esa Academia me ha honrado, á propuesta del señor don Indalecio Zelaya, con el nombramiento de Socio Corresponsal, extendiéndome el correspondiente diploma, que también he recibido.

Acepto, como significativa prueba de benevolencia y confraternidad en las letras, tal distinción que me permite dar el título de compañeros á los inteligentes y entusiastas miembros de esa respetable Corporación, tan justamente afamada, y á disposición de la cual, pongo mis escasas aptitudes y mis fervientes deseos de serle útil.

Dígnese Ud. presentar á sus colegas, en particular al señor Zelaya, la expresión de mi gratitud, y aceptar las protestas de mi espe-

cial consideración y sincero aprecio.

De Ud. muy atento y seguro servidor q. b. s. m.

*Santiago Key Ayala.*

Lima, noviembre 5 de 1894.

Muy estimado señor mío:

Acabo de recibir la atenta nota en que Ud. se sirve comunicarme que en sesión de Junta General, celebrada el 29 de junio último, por la Sociedad Científico - Literaria "La Juventud Salvadoreña," fui aceptado como *socio corresponsal* de dicha corporación, á propuesta del Señor D. Doroteo Fonseca.

Dígnese Ud. poner en conocimiento de esa ilustre Academia, que ha obligado mi gratitud con la distinción de que me ha hecho objeto; y dígnese Ud. también significarle al señor Fonseca mi reconocimiento por la distinción que me ha dispensado.

Siento profundo cariño por El Salvador y sus hijos: ojalá me sea posible algún día estrechar en mis brazos á los que al honrarme llamándome *consocio*, propenden á la realización de la fraternidad literaria americana.

Me es grato suscribirme su amigo y S. S. q. s. m. b.

*Domingo Martínez Luján.*

Al señor don Alonso Reyes G., Secretario de "La Juventud Salvadoreña."

San Salvador.

San Salvador, noviembre de 1894.

Señor don Alonso Reyes G.

1er Srio. de "La Juventud Salvadoreña".—Pte.

Apreciable señor:

Con especial gusto tengo la hon-

ra de contestar la atenta nota de esa Secretaría, en la cual se me dice que, á propuesta del socio don José M<sup>a</sup> Gomar, fui admitido como socio activo de esa Academia, por unanimidad de votos.

A mucha honra tengo el aceptar el referido nombramiento, protestando al mismo tiempo á esa notable corporación, que haré todo lo posible por cumplir fielmente con sus Estatutos y por coadyuvar con mis pequeños conocimientos y mi buena voluntad, á la consecución de los nobles fines que ella persigue, con el beneplácito y admiración de nacionales y extranjeros.

Dígnese, señor Srio., dar en mi nombre las más expresivas gracias al señor don José M<sup>a</sup> Gomar y demás miembros de "La Juventud Salvadoreña", y aceptar U. las consideraciones de su humilde servidor y consocio.

*Joaquín Zaldívar.*

Arequipa (Perú), noviembre 12 de 1894.

Señor Alonso Reyes G.

Secretario de "La Juventud Salvadoreña", Sociedad Científico-Literaria.

San Salvador.

Señor de mi más alto aprecio:

Ha llegado á mis manos y he leído con viva satisfacción la atenta nota de Ud, fechada el 26 de setiembre último, en la que me comunica el nombramiento de Socio Corresponsal que, á propuesta del eminente poeta señor Doroteo Fonseca, ha tenido la bondad de acordarme "La Juventud Salvadoreña", Sociedad Científico Literaria. Tengo también en mi poder el hermoso diploma que acredita el referido nombramiento.

No sé, verdaderamente, cómo corresponder á la exquisita fineza con que me destingue la ilustre Academia de que Usted es digno Secretario, y sólo puedo enviarle, por conducto suyo, la sinceridad de mi profundo agradecimiento y mi rendida admiración hacia los avanzados sostenedores de la gran causa literaria de América en esa por mil títulos, simpática República.

Aunque inmerecido, por creerme indocto en el Arte, acepto tan honroso nombramiento, y procuraré cumplir, en la medida de mis facultades, las obligaciones anexas á mi cargo.

Quiera usted, señor Secretario, contar con las distinciones de mi particular aprecio y, saludando á nuestros queridos consocios, mandar á su afectísimo amigo y S. S.

*Sixto Morales.*

Guatemala, 26 de noviembre de  
1894.

Señor Secretario:

A su debido tiempo llegó á mis manos la muy estimable nota de Ud, en que se sirve participarme, que la ilustrada Sociedad de que Ud. es digno Secretario, se ha servido honrarme con el nombramiento de Socio Coresponsal, y á la vez el diploma que acredita dicho nombramiento.

Muy grato me será en lo limitado de mis fuerzas cooperar al engrandecimiento, y contribuir, en lo que me corresponda, á que se realicen los altos fines que se propone tan útil y noble asociación.

Suplicándole se sirva hacerse intérprete de mis sentimientos de gratitud para sus consocios, que-

do con alta consideración y distinguido aprecio muy att<sup>o</sup> S. S.

*J. J. Palma.*

Señor don Alonso Reyes, Secretario 1<sup>o</sup> de la Sociedad "La Juventud Salvadoreña".

San Salvador.

A LA SEÑORITA MARIA CÁCERES B.

EN SU ÁLBUM.

A veces cuando he ido en un camino,  
y he visto, hacia los lados  
las yerbas y bejucos enredados,  
he hecho el desatino  
que todo el mundo hiciera  
de detener el paso  
y cortar al acaso  
una flor . . . . . flor cualquiera.

Quién sabe si soñaba en un amante  
que esperó sobre el cerco de una roca  
débil y soñadora y delirante . . . .  
y se entregó feliz, cándida y loca,  
al capricho pueril de un caminante?

Que sé yo!: tú que eres  
mujer, has de saber de esos amores,  
pues si son las mujeres algo flores,  
las flores tienen mucho de mujeres.  
De mujeres! Vosotras sois oscuras,  
dulces, impenetrables,  
juiciosas para hacer muchas locuras,  
débiles, poderosas, insondables.

Sois el abismo mismo  
que puebla un caos y que engendra un mundo;  
y por negro y profundo,  
siento las atracciones de ese abismo.

Yo me dejo ir: no lucho:  
voy ciego, sin pensar, atado, incierto;  
no las conozco, nada sé de cierto,  
mas lo que es cierto que me gustan mucho.

Esta es cosa de Dios. No le ha bastado  
á ese rey del misterio  
poner por horizonte lo ignorado:  
sombra tras de la cuna en que has llegado  
y sombra más allá del cementerio:  
todo es tinieblas en su inmenso poema;  
con la mujer, María,

ordena que suframos cada día  
vivir acompañados de un problema.

Qué he de hacer? No me asombra;  
pues yendo de un abismo al otro abismo,  
veo yo mismo dentro de mí mismo,  
y veo mucha sombra, sólo sombra!  
María ¿no te pasma  
no comprenderte al fin, desconocerte,  
verte el cuerpo y no el alma; esto es no verte:  
ser para ti tú misma una fantasma  
que no está ni en la vida ni en la muerte.

Cada hombre una visión. su propio ensueño;  
todos alucinados, inconscientes,  
locos, esclavos de un oscuro dueño.....  
qué población de espectros son las gentes!:  
comprendo. Calderón, esto es un sueño;  
pero sueño en que zumba  
una ala negra, pavorosa, fría,  
ay! que nos da á entender, amiga mía,  
que este sueño se pasa en una tumba:  
tengo miedo, María.

Conque .. á veces, al ir por un camino,  
y al ver hacia los lados  
las yerbas y bejuco enredados,  
he hecho el desatino  
que todo el mundo hiciera,  
de detener el paso  
y cortar al acaso  
una flor..... flor cualquiera.

Así, pues; he cedido.....  
Quiéres, de paso, alguna flor modesta  
Bien, María, aquí está ésta:  
sin olor ni color: tú lo has querido.

Por lo que es á la flor, amiga mía,  
aunque ella no es hermosa,  
ah! cómo no ha de estar muy orgullosa  
si la cortan las manos de María?

F. A. GAVIDIA.

San Salvador, enero 8 de 1885.

## LA NAVIDAD.

Se despide el año, y se despide  
alegremente, con las fiestas de Na-  
vidad.

Las despedidas son, por lo ge-  
neral, muy tristes. Con lágrimas  
en los ojos y un pesar intenso en  
el corazón decimos adiós á los se-

res que nos son queridos, cuando  
se llega el tiempo, que siempre lle-  
ga muy presto, de abandonar el  
dulce regazo maternal para hacer  
nuestro ingreso en las aulas del  
Colegio. ¡Cuánto nos cuesta des-  
pedirnos del sér amado! Las ho-  
ras se nos vuelven minutos y qui-  
siéramos detener la marcha del  
tiempo, que nunca sentimos correr  
con mayor velocidad. En tales o-  
casiones, un reloj.....qué impor-  
tuno! Los momentos de felici-  
dad, que son tan fugaces, no de-  
bieran medirse; ese instrumento  
debe servir sólo para las horas ne-  
gras, cuando el dolor abate el es-  
píritu y lo sumerge en las som-  
bras de la desesperación. Enton-  
ces se halla consuelo en ver cómo  
pasa el tiempo.

El año viejo no se va triste. Con  
las alegres fiestas de pascua le des-  
pedimos, y saludamos al año nue-  
vo, que siempre nos promete la  
realización de hermosos sueños y  
de halagadoras esperanzas.

La fiesta de Navidad es la gran  
fiesta de los niños. Las confite-  
rías y las fábricas de juguetes tie-  
nen que preparar inmensa canti-  
dad de productos para el consumo  
del orbe infantil, y no hacen más  
pingüe negocio en ninguna otra  
fiesta del año.

Causa tristeza pensar que quién  
sabe cuántos chiquitines, por la  
extremada pobreza de sus familias,  
no gozan la dicha inefable de po-  
seer siquiera un modesto juguete.  
¡Cuánto sufrirán viéndolos muy  
lindos en los escaparates de las  
tiendas ó en las manos de otros  
niños más afortunados!

El niño tiene también sus dere-  
chos: uno de ellos es el derecho al  
juguete; lo proclamó un gran poe-  
ta, un benefactor de la humani-  
dad, uno que con una mano abofe-  
teaba á los perversos, mientras ten-  
día generosamente la otra, para

prestarles apoyo y dulce consuelo, á la debilidad y á la inocencia.

“La muñeca es una de las más imperiosas necesidades, y al mismo tiempo, uno de los más bellos instintos de la infancia femenina. Cuidar, adornar, vestir, desnudar, vestir de nuevo, enseñar, regañar un poco, mecer, mimar, arropar, adormecer, figurarse que cualquiera cosa es una persona; todo el porvenir de la mujer está en esto. Soñando así y charlando, haciendo ajuares y envolturas diminutas, cosiendo vestiditos, corpiños y jubones de la misma talle, la niña se convierte en muchacha, la muchacha en señorita, y la señorita en mujer, cuyo primer hijo es la continuación de su última muñeca.

“Una niña sin muñeca es casi tan desgraciada y en realidad tan imposible como una mujer sin hijos.”

Lo que se dice de la muñeca para la niña, debe decirse del juguete que es propio para el niño.

Niños: aprended el nombre de ese noble defensor vuestro; se llamaba: Víctor Hugo.

En algunos pueblos hay personas caritativas que levantan suscripciones para comprar gran cantidad de juguetes, que distribuyen el día de Navidad entre los niños pobres. Práctica tan meritoria es digna de imitarse en todas partes.

En la adolescencia se goza tanto de las fiestas de Navidad como en la infancia. Los nacimientos, las pastorelas, los maitines, la misa del gallo, que siempre ofrecen ocasión oportuna para ir buscando la luz de algunos ojos negros, dejan en la mente alguna imagen adorada, junto con inextinguibles recuerdos. El inmenso bullicio que producen los pitos de agua, los tamboriles, los sacabuches, los repiques de las campanas y las alegres músicas de pascua resuena siempre en nuestros oídos y nos

hace evocar la memoria de los puros goces de aquella edad feliz en que la vida es un constante sueño de amor.

Para el hombre que ha pasado ya de los dos primeros períodos de la existencia, que son los más encantadores, y ha entrado á la edad de la reflexión, la fiesta de Navidad es motivo de profundas meditaciones.

Vemos salir del fondo de un pesebre una hermosa luz que va siempre creciendo hasta iluminar al mundo entero. Es la luz que esparce el cristianismo, esa doctrina consoladora que sobre las ruinas de sociedades caducas y corrompidas, erigió un excelso trono á la justicia y al derecho.

El establo de Belén nos produce honda impresión. Aquel niño que se reclina sobre un pesebre, envuelto en miserables pañales que apenas abrigan sus miembros ataridos; aquellos pobres pastores; la estrella que se enciende en el cielo para guiar á tres Magos del oriente que van á rendir su homenaje al Mesías anunciado; los modestos regalos de los pastores y los magníficos presentes de los reyes, simbolizando la humildad y la grandeza de Jesús; todos los detalles de la tradición bíblica, atraen la mente con magia irresistible. Y es porque vemos surgir de allí una inteligencia todopoderosa, que es el faro que guía á la humanidad en la senda de su perfeccionamiento. Por eso el mundo cristiano celebra el día de Navidad, y tributa su adoración al sér extraordinario que, como ha dicho un gran escritor, es honra de la humanidad, si hombre; su salvador, si Dios.

EUSEBIO BRACAMONTE.

San Salvador, diciembre de 1894.

## MIRTHO.

A María.

Yo soy el que esperabas...ven! Gallarda  
Surge con blanca túnica cubierta;  
Adormido tu espíritu me aguarda  
Y yo digo á tu espíritu: "Despierta!"

Acércate! Dios quiso que te quiera  
Porque no te comprenden los pequeños;  
Vengo á ocupar el trono que me espera  
En el mágico alcázar de tus sueños!

Ámame! Soy aquél que tú mirabas  
En las noches serenas del Estío,  
Cuando tu vista lánguida fijabas  
Trémula de pasión en el vacío.

Yo también te soñé cual me soñaste;  
Con el buril sublime de la idea  
Tus formas delineaba, y tú brotaste  
Como surge del mármol Galatea.

Así...morena...así, negro el cabello  
Descendiendo en sedosas espirales,  
Con ese casto y torneado cuello,  
Con tus trémulos labios de corales.

Te había soñado así: nerviosa y alta,  
Diáfano el cutis sonrosado apenas,  
Con yo no sé qué luz que hierve y salta  
En las azules curvas de tus venas.

Negros tus ojos que el amor agita,  
Con algo de Julieta enamorada,  
Y más negros aun cuando palpita  
Desdémona celosa en tu mirada.

Yo te amo! Ven conmigo! Para amarte,  
Toda mi alma de poeta guardo,  
Porque siento en mi espíritu al mirarte  
La frenética fiebre de Abelardo.

Ven! ven! que nuestras almas abrazadas  
Dejen la tierra do lloré proscrito,  
Y crucen por el vértigo llevadas,  
Cual Paolo y Francesca el infinito.

Nadie puede decirte lo que ahora  
Quedo, convulso de pasión, te digo;  
Tú naciste con alma soñadora  
Y no puedes vivir sino conmigo.

Ven! tu mejilla como flor temprana  
Al soplo del rubor se colora,

Porque tienes el alma de Susana  
En la plástica forma de Frinea.

Yo te daré cuanto tu amor soñaba;  
Todo conmigo realizarlo puedes;  
Te haré beber el néctar que escanciaba  
En la olímpica fiesta Ganimedes.

Quiero estrechar tus manos palpitantes  
Y para darte el porvenir te llamo,  
Que si me falta voz para ser Dante,  
Tú eres más grande que Beatriz, y te amo.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

## EMIRO KASTOS.

Acaba de morir en Colombia el notable literato Dr. don Juan de D. Restrepo, que firmaba con el seudónimo de EMIRO KASTOS. Murió en Ibagué. Jorge Isaacs comunica á Bogotá la triste noticia. El poeta del sentimiento anuncia la muerte del escéptico.

EMIRO KASTOS pertenecía á esa generación de hombres ilustres que surgió en 1849, generación gloriosa, honor de Colombia, que brilló como el primer destello de la Libertad. Hoy ya no existen sino muy pocos de esos hombres. Arboleda, José Eusebio Caro, Gutiérrez González, Vergara y Vergara, Guarín... y tantos otros, duermen en el sepulcro. Los que viven se han callado ya. La lira de los Pombos está muda desde hace mucho tiempo, y aun vaga en los labios de las vírgenes el canto de *Edda*.

¿Qué poeta volverá á alzarse en Colombia como Julio Arboleda?— ¿Quién podría continuar el gran poema de "*Gonzalo de Ojón*"? ¿Y quién escribirá artículos de costumbres á lo EMIRO KASTOS?

Hubo en aquel tiempo varios cultivadores exquisitos de este género de literatura; véanse, si no, las colecciones de David Guarín y



de Ricardo Silva; y está allí la *Manuela* "el Quijote colombiano", pedestal glorioso de su modesto autor Eugenio Díaz.

Pero sobre todos estaba EMIRO KASTOS. De la escuela de Balzac, no tenía rival en su género. Conocedor del corazón humano, desentrañaba todas sus miserias y las mostraba á los ilusos, riendo amargamente. "He andado entre los hombres, dice, y he salido todo arañado; he metido las manos en el corazón de la sociedad, y he corrido á lavármelas en un arroyo porque las saqué llenas de lodo."

El genio descriptivo de EMIRO KASTOS era maravilloso; los cuadros que trazaba con su pluma palpitaban de vida, é iban siempre impregnados de triste realidad.

Su libro de "Artículos Escogidos" fue el primero que más hondamente me impresionó; yo soñaba con un mundo hermosísimo; y él me lo mostró lleno de sombras, horriblemente miserable y triste. Ahora que ando ya en ese mundo que veía de lejos, voy á buscar el libro amigo, y en sus hojas encuentro lo mismo que veo en mi redor.

Yo conocí al famoso escritor ya cuando no escribía. Iba yo para el colegio con los libros debajo del brazo, y repasando mentalmente una lección difícil. Estaba en la calle un grupo de señoras y señoritas que se habían detenido á saludarse. Yo me dirigí á la acera opuesta, y entonces vi con horror que un viejo pasó por enmedio del grupo femenino, sin saludar á nadie y sin pedir permiso. Ellas murmuraron un reproche, y yo me volví para ver al hombre, que seguía tranquilo, apoyado en un bastón grueso y tosco.

—¿Quién es?—dijo una señorita.

—Don Juan de Dios Restrepo, contestó alguna de ellas.

Cuando esto oí, ya EMIRO KAS-

tos iba lejos. Después volví á encontrarlo y me fijé mucho en él. Era alto, delgado; usaba anteojos; en la cara la huella de los años; la barba escasa y el bigote cano. Avanzaba con paso rápido; los ojos fijos en el suelo, y mientras caminaba movía los labios como si hablara á solas.

Era un misántropo; nada le importaba la sociedad; siempre andaba solo, y á nadie saludaba. Muchas anécdotas se cuentan de él, y que no quiero repetir aquí.

Cuando abandonó la literatura se entregó por completo al comercio, hasta que lo sorprendió la muerte.

Colombia pierde en él un hijo ilustre. Todos sus grandes hombres van muriendo. ¡Pobre patria mía! ¿Quién volverá á ceñirle las sienes con laureles de gloria? ¿Quién arrancará el crespón de luto para echarle en los hombros "el manto del Iris" que le dejó Bolívar? .....

ISAÍAS GAMBOA.

San Salvador.

#### JAPONERIA.

(Para "La Juventud Salvadoreña".)

Un pintor japonés, en un desmayo de ebriedad, dibujaba una hermosura: su pincel parecía que era un rayo de luna florecando la negrura.

Los aéreos contornos de un querube diseñó, con pintura delicada, en el lienzo flotante de una nube por un rayo de luz atravesada.

Surgiendo de la niebla vaporosa, la bella al derramar rubio tesoro, fingía una cerúlea mariposa prendida en el capuz con clavo de oro.

La sombra contorneada se mecía sobre las ondas del ambiente puro, y al beso de la luna se entreabría como un hermoso tulipán oscuro.

Bajo el influjo de pasión galana, dejó el insigne bebedor de ópio pintado en la bruñida porcelana un dulce y vago pensamiento propio.

JOSE FIANZÓN.

Lima.—1893.

## FRAGMENTO.

(Para "La Juventud Salvadoreña.")

—Si sé muy bien que tras la tempestad viene la calma, ¿por qué, Señor, mi espíritu abatido padece tanto?

Del fondo de su tristeza, sincera y profunda, salía sollozante aquel grito del alma.....

Cobarde ante la inmensidad de su dolor, necesitaba dirigirse á ese Sér invisible y poderoso, cuya misericordia iguala á su grandeza.

Y llegó hasta Él su queja doliente.....

Las lágrimas, siempre en ella rebeldes, se agolparon á sus ojos; ráfaga consoladora acarició su frente; latió tranquilo su oprimido corazón.

Sola, en la ventana de su cuarto, miraba con honda tristeza la calle estrecha y desierta. Lentamente, uno tras otro llegaron á su memoria todos los recuerdos de su pasada dicha. Qué feliz se sintió aquellos días! y después ¡cuánto había padecido! Era muy triste aquello: alternativas de pesares y de alegrías que cada una de éstas, por peque-

ña que sea, tiene que ser recompensada por largos dolores. Y pensar que siempre, para todos, es igual; que nadie puede hacer que dure la felicidad! Dios mío ¿y así és la vida? Todo cuanto se sufre ¿es inevitable?

A cual más triste se sucedían las ideas en su cabeza, los sentimientos en su corazón.....

Y al fin, como siempre, sir saber por qué, vino con los otros el recuerdo de aquel día inolvidable del último adiós, aquel en que tanto había llorado cuando, al quedarse sola, había sentido

"vacío en la cabeza, vacío en el espíritu, tristeza en el desierto y herido corazón."

Y cómo después, inconscientemente, en un momento de suprema angustia, de infinito dolor, habían salido de allá, adentro, del fondo de su alma, aquellos versos sentidos:

"Quién sabe si mis ojos  
no volverán á verte!  
Quién sabe si hoy te envío  
el adiós de la muerte!"

Y ahora ¡Dios mío! ¿dónde estaría?

Aquella luna pálida y bella, que ella admiraba, debía iluminar también las sangrientas escenas de los campamentos. En alguno de ellos, entre los semblantes que á su incierta claridad se contemplaban ¿estaría el de él?

Y si por dicha suya no se encontraba en ninguno, ¿dónde estaría?

Ay! si estuviese herido.... muerto tal vez?

Ante aquel pensamiento desesperante, todo su sér se sublevó: palidieron sus labios, se oprimió su pecho, tembló su cuerpo convulsivamente, y sin poder llo ar y sintiendo que se ahogaba, cayó de

rodillas ante una imagen del Crucificado.

Entonces, del fondo de su tristeza, sincera y profunda, salió sollozante aquel grito del alma. . . . !

LEONOR.

Juticalpa (Honduras).—1894.

PARA TÍ

¿Has visto entre la linfa del arroyo,  
La imagen de la luna retratada?  
Así, perpetuamente, vive en mi alma.  
Tu imagen adorada!

ALFREDO QUIÑONES

## CENA PASCUAL

(Para "La Juventud Salvadoreña".)

Aquella mañana estaba gris. El cielo tenía por adorno un cortinaje de nubes color plumizo; el cierzo llevaba mucho frío en las alas, y los tilos, flacos, desnudos, como espectros, se cubrían de nieve. Desde la noche anterior había nevado mucho.

Era 24 de diciembre. París entero iba y venía á los grandes almacenes del "Bon Marché" en busca de juguetes para los chicuelos: las confiterías se encontraban atestadas de gente que llegaba en busca de *bombones*: todo era animación, todo alegría. París entero sonreía, y respiraba buen humor.

Entre los niños se hablaba de los árboles de Navidad, del viejo Saint Cloud y de Pierrot, que vendrían de sus palacios del Polo, aquella noche, para llenar de aguinaldos los zapatitos de los niños buenos.

A la caída de la tarde, poco á poco se fueron despejando los anchos

*boulevares*, y todos se preparaban para tomar á la media noche la cena pascual, y para la rifa del árbol de Navidad.

En la casa de cierto judío banquero se celebraba la pascua con una espléndida cena. El hermoso salón donde ésta se verificaba, estaba iluminado por una rica lámpara de tres mechas, que de Palestina había sido traída; al rededor del mismo habían sido colocados, con gran gusto, algunos pebeteros de oro, exquisitamente cincelados, donde se quemaban suavísimos perfumes de Damasco, y esencias de jazmines y nardos de Arabia.

Sobre una mesita de cedro del Líbano, cubierta con finos tapices bergamos, se encontraba abierta la Santa Biblia, en el libro del Génesis.

Las mesas del festín estaban llenas de confituras de Oriente, y sabrosas chucherías, y en el centro de cada una se destacaba el bíblico cordero pascual.

Los más ricos judíos de Lyon, Marsella y París, se encontraban allí reunidos; las horas pasaban sin sentirse, y á cada momento se recitaba algún versículo de la Santa Biblia.

Y en la calle se morían de hambre y de frío dos niños; y los criados de aquellos perros judíos habían oído su llanto, habían visto sus lágrimas tras los opacos cristales de uno de los balcones; y no habían querido escuchar sus ruegos, y se les había amenazado: ¡ninguno les daba un pedazo de pan! Y en el salón todo era goces, sin que hubiera quién hiciese caso de aquellos niños mendigos; y la fiesta seguía alegre y bulliciosa, con su ritmo enloquecedor.

En aquel momento el viejo Ab-salón Leví hablaba de caridad.

Ismael G. Fuentes.

## DOLORA.

(Para "La Juventud Salvadoreña.")

Yo te miro, Señor, en las estrellas  
 del purísimo azur,  
 en la verde pupila de los mares  
 y en los ribios destellos de la luz,  
 en las ráfagas de aire y en las sombras  
 y en los dulces acordes del laúd;  
 te miro en todas partes, pero ¿cómo  
 también dentro de mi alma existes tú?

Sixto Morales.  
 Peruano.

Arequipa.—1894.

## POLONIA

(DEL LIBRO "PATRIA.")

¡Oh, los errantes! los que nacen  
 y mueren desterrados! los extran-  
 jeros en todos los pueblos! los  
 siempre víctimas de la nostalgia!  
 los eternos enamorados de la li-  
 bertad! .....

Polonia: tú eres la pesadilla de  
 los déspotas; tus rugidos de león  
 encadenado tienen insomnes á los  
 reyes y vigilantes á los pueblos  
 que sufren.

Polonia! Cristo de las naciones;  
 mártir de un calvario que no ter-  
 mina; aterrador fantasma que siem-  
 pre te escapabas del sepulcro; pue-  
 blo paria, pueblo genio.....

Sobre la inmensa losa que cubre  
 tu cadáver, la sangrienta sombra  
 de Kociusko se alza y grita: Es-  
 toy vivo.

¡Sí, está vivo. ¿Por qué había  
 de morir? Acaso muere el dere-  
 cho, acaso muere la luz, acaso mue-  
 re la esperanza?

El alma tuya se ha transforma-  
 do en idea. La idea no perece.

¡Sí, parece cuando la corrupción  
 y la desvergüenza la envuelven en  
 su hediondo sudario; perece en los  
 pueblos que adoran sus cadenas;  
 en los pueblos que viven de rodi-  
 as, bebiendo sangre y lodo.

Tú, no. Eres virgen, eres már-  
 tir; tus heridas echan resplando-  
 res; tus llagas despiden rayos que  
 van sembrando el terror en los o-  
 presores y la esperanza en los opri-  
 midos.

Sol inextinguible! La tiranía  
 arroja en vano sobre tí puñados  
 de sombras! .....

A. MASFERER.

## EFLUVIO.

Ave que surcas el inmenso espacio  
 Cantando las delicias del amor,  
 Oye el suspiro en que mi pecho ardiente  
 Respuesta da á tu acento seductor.

\*

Divina inspiración es tu mirada.  
 En donde vierte tu alma su pasión;  
 Luz y fuego á la vez tienen tus ojos,  
 Incendio en que se inflama el corazón.

\*

¡Amor! Sublime amor, que eterna dicha  
 Guardas para los hombres bienhechor,  
 Une dos seres que nacieron ambos  
 Iguales en la dicha y el dolor!

\*

Reina de la hermosura, casta diosa;  
 Olorosa violeta, tierna flor;  
 Luz apacible que alumbró mi vida.  
 Abrásame en el fuego de tu amor!

I. ZELAYA.

Octubre de 1894.

## LA PRIMERA CARTA

(Para La Juventud Salvadoreña.)

Había notado repetidas veces que  
 mi Nelly tenía para mí un se-  
 creto, que tan perfectamente trata-  
 ba de ocultar, válida de la perspi-  
 cacia de la mujer, que hasta á su  
 misma mamá conseguía engañar  
 en absoluto.

¿Por qué, me preguntaba, cuchichea mi Nelly con sus amiguitos,  
 como si trataran de altos secretos

de Estado, y ha dejado de venir á jugar con ella la encantadora Olga, que sólo tiene de germano el nombre, pero por cuyas venas circula la sangre hirviente de las dichosas hijas del perfumado Betis, allá donde se producen los dones de Baco en dulces racimos de rojo-oscuro, dentro de los cuales, como el corazón de una mujer nacida en el desierto, late su corazón de fuego?

La cosa para mí fue siendo tan interesante, me dió tanto en qué pensar, que procuré saber aquel misterio de mi niña, aunque olvidara los graves negocios que reclamaban toda mi atención.

El jardín de mi casa se comunicaba con el de una casa vecina, la de mi primo Enrique, por una puerta de hierro, que nunca permanecía cerrada, porque mi primo y yo estábamos unidos con los más cordiales lazos de la franca amistad formada en el colegio, amistades que no se rompen nunca, por que tienen algo del perfume de la infancia, algo que pertenece al nido de nuestras primeras ilusiones, cuando guardamos en una cajilla de cigarros la primera flor que cayó del tocado de una chiquilla traviesa, de la que nos figuramos estar más enamorados que los héroes de las primeras novelas que devoramos en las noches del año, olvidando la difícil filosofía de Balmes, las pesadas incógnitas del señor Cortazar, las frías narraciones latinas de los hombres ilustres de Plutarco.

Poco tiempo después de seguir la pista al asunto que me preocupaba, llamó mi atención el hecho de que la puerta de hierro que separaba ó unía los jardines permanecía cerrada. Como yo guardaba la llave de la verja, el hecho me pareció extraño. Al aproximarme, noté que por toda precaución ataban las dos hojas unos listones de seda usados, de los que las mamás dan á las niñas para sus juegos. De intención

rompí aquellas ligaduras, me dirigí á mi cuarto de trabajo y fingí que leía un gran libro de viajes, mi lectura predilecta.

A la hora de asueto descendió al jardín mi Nelly con su gran muñeca de la mano. Fácil me fue observar que no le dirigía como otras veces palabras cariñosas; su semblante era severo. Al llegar á la puerta, la cerró de un empujón con señal de impaciencia, poniendo la misma cerradura que yo antes había roto con una fuerza pequeñísima.

Paseábase Nelly pensativa frente á la puerta, cuando su amiga Olga apareció en el otro lado, acompañada de un mocetón de paja, que llevaba grandes bigotes y el uniforme de los húsares imperiales. Este militar, por mano de su madre, hizo un profundo saludo, que le fue contestado con timidez por mi nieta-muñeca. Después de esta escena, Nelly se dirigió á un cenador y pude oír las siguientes palabras:

“Parece que mi autoridad de madre no ha bastado para hacerte entrar en juicio. Te he prohibido que dirijas la palabra á ese caballero. Lo repito una vez más: nunca serás su esposa. Si noto en tí desobediencia, prepárate á partir muy pronto al colegio de las Ursulinas. La distancia borra esas ilusiones peligrosas. No ignoro que ese caballero ha tenido el descaro de dirigirte una carta, de lo que tiene conocimiento su madre. Aquí quedarás encerrada.”

La voz se extinguió. Mi curiosidad no concebía límites. Una idea pasó por mi mente. Sabía cuál era el cajón en que Nelly guardaba sus juguetes, y en su busca fui sin hacer ruido. Después de sacar varios objetos infantiles, en una carterita de cartón encontré la siguiente carta:

“Mi adorable Nelly: Desde que tuve la dicha de ver á Ud. todo en

mí ha cambiado. Cualquiera que sea mi suerte, le hago la formal declaración de mi amor, y espero ser correspondido. Si mi amor es aceptado, no habrá nada que me detenga para conquistarme un nombre en el campo de batalla, nombre que tendré á honra ofrecer á Ud. con el corazón, que ya le pertenece. Queme esta carta. Su adorador.

ENRIQUE.”

Confieso que no pude reirme. Tomé la carta pesaroso y fui á mostrarla á mi buena esposa. Después de haberla leído, levantó los ojos humedecidos por una lágrima y me dijo pausadamente.

“Las mujeres no tenemos edad.”

L. DEL VALLE.

San Salvador: 1894.

## TOQUES.

¡Oh no esperéis de mí laúd, tan pobre, oír las notas con que siempre canta la miserable adulación rastrera, de los magnates á los pies postrada.

Yo nunca admiro al que conquista pueblos, en los hórridos campos de batalla: yo no admiro laureles salpicados, con la sangre de víctimas humanas.

Jamás, jamás profanaré, poesía, tu misión noble, tu misión tan santa: yo solamente admiraré á los héroes que hacen guerra sin tregua á la ignorancia.

A los maestros, apóstoles sublimes, que el porvenir de las naciones labran, preparando los campos de la idea libre y robusta se alzarán mañana.

A esos gladiadores de la ciencia, que en las lides pacíficas del aula, realizan las conquistas más hermosas arrebatando á las tinieblas alas!

A ellos dirijo mis humildes cantos y mi espíritu ante ellos se avasalla,

¡Mi espíritu que, altivo, no se humilla nunca, jamás á la grandeza humana!

Sólo á ellos debes, juventud querida, veneración y amor, que ellos te mandan subir por la pendiente que conduce á do tus bellas esperanzas se hallan.

¡Oh maestros! haced de esa falange de jóvenes, que altiva se levanta, una legión de esforzados héroes que á los soldados del error abatan.

De esos niños haced hombres virtuosos, ciudadanos amantes de su patria, no menguados traidores sin conciencia, que se esfuerzan, no más, en humillarla.

Decídes que comenten un gran crimen los que intenten, ¡oh Dios! tiranizarla: los que al pie le remachan la cadena y le ponen la argolla á la garganta.

Hacedlo así, y vuestros nombres siempre bendecidos serán de nobles almas, y dejaréis el mundo satisfechos de haber cumplido una misión sagrada.

Juan A. Solórzano.

San Salvador, 1892.

## ENSAYOS

### LA FELICIDAD.

(PARA “LA JUVENTUD SALVADOREÑA”).

En todos los idiomas del mundo es dulce pronunciar la palabra *felicidad*, la cual despierta siempre en el espíritu imágenes sonrientes y da vigor y aliento á nuestras desfallecidas esperanzas.

¿Qué sér inteligente y sensible no ha soñado con ser feliz? ¿Qué víctima del infortunio no ha forjado para sí un destino mejor, embellecido con los seductores atractivos que le ofrece la esperanza?

El deseo de la felicidad nos per-

sigue con una perseverancia obstinada sin dejarnos un momento de reposo; es así como un objeto adherido á nuestro cuerpo y que por más esfuerzos que hagamos, no podemos desprendérselo. Es como la sombra que persigue al cuerpo.

Parece que el autor de todo lo creado nos ha dado el deseo de ser felices como una compensación á nuestras penas aquí en la tierra: como la prenda más segura para el porvenir, de sus designios con respecto á nuestro destino.

¡Inclinación irresistible! ¡Misterioso instinto de la naturaleza! Los poetas han consagrado las más dulces armonías de sus liras á cantar sus excelencias; los filósofos han empleado sus vigiliass y los esfuerzos de sus poderosas inteligencias, en analizar su esencia. Los primeros inspirados por sus pesares la tienen relegada al pasado de una edad de oro, imagen imperfecta de tradiciones primitivas; los segundos guiados por la reflexión, se han aplicado sin descanso á despejar la incógnita que parece tenerla envuelta entre fórmulas oscuras. La poesía y la filosofía han llegado así á tratar cada una á su manera la gran cuestión de la felicidad, de la cual la humanidad se preocupa sin descanso.

Pero, cosa estraña, desde los primeros pasos que han dado en este examen los espíritus más grandes, la mayor parte, impresionados por el profundo grito de dolor que se eleva del seno de la humanidad, se han preguntado con inquietud si la felicidad sería ó no bien de este mundo. Si les interrogamos sucesivamente, veremos á casi todos aparecer con la vista triste, y la frente contraída y recelosa, dispuestos á maldecir, así como Job el día en que se le participó que había venido al mundo un hombre más. Si escuchamos al sabio rey Salomón en el colmo de su gloria,

todas sus palabras están impregnadas de un amargo desdén hacia la vanidad de los placeres y la falsedad de los goces de la tierra. "El divino Platón dijo: *la primera felicidad sería la de no haber nacido y la segunda la de morir lo más pronto posible.* El gran poeta lírico Píndaro dice que, *la vida del hombre no es otra cosa que el sueño de una sombra*", y su émulo entre los latinos, Horacio, dice que, *no invita á sus amigos á coronarse de rosas para beber el falerno, sino con el objeto de olvidar las horas de tristeza y distraerse sin cuidado de la muerte que se les aproxima.*" ¿Qué sería si agregáramos á estos testimonios la larga lista de los poetas y filósofos que desde San Pablo, repiten por todo el mundo que toda criatura llorará aquí en la tierra? "¡Gemido profundo indefinible que ha venido á cambiarse por grito de desesperación, en boca de los hombres apasionados, del último siglo, y que ha resonado como un canto del Infierno en las poesías de Lord Byron."

¿Quién podría negar que el mal existe sobre la tierra?

El hombre guiado únicamente por las luces de su propia inteligencia, es impotente para explicarse su origen. Ha tenido necesidad del auxilio de la revelación para decirnos, cómo el primer grito de dolor nacido de la primera falta, ha continuado repitiéndose de generación en generación á través de los siglos que lo han hecho más intenso y le han dado mayor fuerza. ¿Y hemos de decir por esto, que de la tierra estén proscritos todos los goces y que la felicidad sea como una planta extraviada en una cima desierta é inaccesible, para llegar á la cual las fuerzas humanas serían impotentes? Guardémonos bien de creer semejante cosa. Veamos ante todo cuan bella es la Naturaleza, no solo en su conjuntot

sino también en sus detalles. De cualquier lado que volvamos la vista encontramos no sólo la precisión sino también un orden admirable. Todo está regulado según las leyes de una geometría y mecánica axiomáticas que nos sorprenden cada vez más á medida que nuestras investigaciones avanzan en el mundo de las estrellas ó en el mundo de los átomos.

Constantemente observamos que después de un suceso que conveniremos en llamar desgraciado, se verifica otro que consideramos como feliz; y según el estado de nuestro ánimo, un suceso desgraciado, bien puede parecernos feliz ó éste parecernos desgraciado.

Todo sér humano sufre, y podemos asegurar, no sin razón, que también goza. Tras una noche de sufrimientos viene un día de alegría, y si por todas partes encontramos el dolor y la muerte, por todas partes también se alzan ante nuestro paso el placer y la vida. Hay más, el dolor llegado á cierto límite ya no puede hacernos su presa. Así como somos imperfectos para el placer lo somos igualmente para el sufrimiento.

Observad y veréis como la pena más cruel y amarga, se aplaca con el imperio del tiempo; ingeniosa por consolarse ella misma, llega hasta convertirse en recuerdos agradables; ó por un profundo misterio de nuestra naturaleza, se desarrollan nuevas impresiones que luchan contra ella y la hacen equilibrio ó la hacen desaparecer por completo. Así, pues, tanto la desgracia como la felicidad absolutas son imposibles, y puesto que hay una inteligencia bienhechora que ha sabido proporcionar un remedio á nuestros males haciendo surgir de los más extremos infortunios, las esperanzas más consoladoras, bendigamos la vida y no lancemos sobre ella nuestros anatemas.

El Supremo Hacedor del Universo ha inculcado en nuestro corazón el deseo de ser felices. Semejante deseo no debe ser una ilusión parecida á esos vagos fantasmas que giran á nuestro alrededor en las sombras de la noche y que se disipan con los primeros rayos de la aurora. El Autor de todo lo creado, no ha podido querer conducirnos al fin que nos tiene reservado por caminos engañosos. Sin duda él ha alejado de este mundo la realización de nuestros sueños, viajeros de un día sobre ésta tierra, no quiere que ella nos retenga con lazos bastante fuertes que puedan apocar el deseo de gozar la luz que nos alumbrará más allá de la tumba. Él quiere que la vida nos proporcione algunos goces que puedan darnos una ligera idea anticipada, de otros más puros y perfectos que nos tiene reservados para después de haber llenado nuestra misión aquí en este mundo.

Seres inmortales como somos, basta para que nuestra sed de felicidad no sea ilusoria, que algunas gotas de miel caigan sobre el borde de la copa que llevamos á nuestros labios, y que nuestras miradas puestas en lo alto puedan entrever á través de las nubes algunos rayos de la felicidad que debe inundar nuestra alma en una región más serena.

¿Pero para aquellos que en medio de las penas de la vida no apelan á los recursos que el cielo nos ofrece y se confían á sus propias fuerzas, de qué manera creerán que podrán ser felices mientras se encuentran bajo el dominio de la humana naturaleza?

Llevados por los afectos desordenados de su ánimo y por sus preocupaciones, corren en persecución de ilusiones y de fantasmas, mientras que la realidad se les escapa; buscan la felicidad donde no existe; la confunden con todo, lle-



vando su obstinación á equivocarla y confundirla con la desgracia misma. En lugar de descender á sí mismos, de interrogar su corazón y cimentar la base de su felicidad en los únicos bienes que no les serán arrebatados, van á extraviarse persiguiendo las huellas de la diosa *Fortuna*, la cual á su vista vuela á cielo abierto sin dejarlos siquiera aproximarse á ella: la *Ambición*, los ciegos y los traicioneros: la *Grandeza* y los honores se apartan de ellos con desdén. Casi siempre buscan en el placer frívolas y culpables distracciones embriagándose con el filtro emponzoñado que les brinda, y cuando los amargos desengaños, el agotamiento de las fuerzas y de la salud vienen á advertirles el funesto error en que han incurrido, se consideran decepcionados, maldicen la existencia ó se adormecen en una resignación estúpida.

Se trata aquí, entendámoslo bien, de los placeres que afectan las debilidades del corazón, de aquellas que turban la razón y dejan en el alma remordimientos; aunque no obstante tengamos que reconocer que el amor á los placeres permitidos existe en el fondo mismo de nuestra personalidad.

“Solo la religión tiene el poder en sus altas miras de detener el movimiento irresistible que nos aparta del camino que nos lleva hacia la felicidad, y la resistencia á la tentación nos lo convierte en un mérito.”

La filosofía moral nunca llega á ese punto y además no proscribiera de ningún modo el placer. Nos enseña solamente á purificarlo á ennoblecerlo, haciéndolo perder lo más de su parte física para transformarla en satisfacciones morales. Obedecer como esclavo las exigencias de la sensibilidad sería degradarnos; pero pretender escapar á ellas de una manera absoluta sería una

quimera. El atractivo al placer es una de las leyes inherentes á los seres dotados de inteligencia, y nosotros no tenemos la fuerza suficiente para repeler la esperanza ó el sentimiento. Además, la Naturaleza, prudente y sabia, ha querido que cada uno de nuestros sentidos fuese una fuente de placeres y que éstos á su vez puedan en una justa medida contribuir á nuestra felicidad sin que se crea por esto que puedan constituirlos, pues su repetición no interrumpida causa luego la fatiga y debilidad de los órganos. A medida que los sentidos pierden su energía, el dolor llega, siguiendo la huella que han dejado los placeres, y los sentidos se embotan como en justa expiación de su uso inmoderado. Maupertius ha dicho: “*La medida del dolor no tiene límites, y para colmo de la fatalidad los placeres contribuyen con creces á llenarla.*” Agregaremos que tanto la felicidad como el placer están muy lejos de afectarnos de una manera uniforme. El placer no es más que una situación pasajera, una sensación agradable pero corta y fugitiva, su mayor atractivo consiste en la novedad. La felicidad, por el contrario, es un estado de calma que no nos advierte su presencia así como el placer; pero que se revela sobre todo por la ausencia de las penas. Este estado de calma es tan dulce, que siempre queremos asegurar más su posesión á medida que le gustamos por más tiempo.

Hay en la felicidad una especie de equilibrio entre el espíritu y el carácter, entre las ideas y las afecciones, que no atiende ni á los lugares, ni á los objetos, ni á las circunstancias exteriores, sino solamente á las personas. Fuera de esto las definiciones de la felicidad tienen casi tanta variedad como las imaginaciones de los individuos, y desde que el mundo exis-

te es objeto de muchos comentarios; comunmente las gentes más felices son aquellas que jamás han pensado en la felicidad, las cuales sin apercibirlo gozan de ella y á quienes les sería muy embarazoso dar su definición.

La felicidad, para nosotros, es relativa. En cuanto á la felicidad absoluta, tal como nosotros la concebimos en lo ideal, consistiría si pudiésemos alcanzarla, en el completo desarrollo y en la inalterable armonía de nuestras facultades; pero tal estado sería la perfección y ésta no es posible en este mundo; sería también el reposo y nosotros hemos nacido para el trabajo, para la actividad, para el progreso, para la lucha contra la realidad de la que estamos descontentos, en fin, para aspirar constantemente hacia lo mejor, que es el perfeccionamiento. Contentémonos con la felicidad relativa puesta á nuestro alcance y no pretendamos alcanzar la palma de la felicidad absoluta sin llegar cubiertos de polvo al término del camino de la vida.

Dios ha sembrado con profusión los bienes en nuestro camino, para que cada cual pueda ser feliz en la esfera en que el le ha colocado. Si nos extraviamos tan frecuentemente es porque nos equivocamos en la elección de los medios que deberían conducirnos á ser felices. Una de las causas que contribuyen más á inducirnos al error es la constante comparación que hacemos de lo ideal con lo real y la poca relación que encontramos entre la realidad y lo inmenso de nuestros deseos. Además, la primera condición para nuestro bienestar sería la justa aplicación del espíritu á la ciencia de la vida y de la realidad. "Es necesario hacer descender lo ideal hacia lo real en vez de querer elevar la realidad hacia lo ideal. Confiarse en poder alcan-

zar un gran bienestar es ya un "obstáculo poderoso para la felicidad." Podríamos estar bien y acabamos por estar mal queriendo estar mejor. Sería necesario que nos pusiésemos de acuerdo sobre qué es lo que constituye la base de la felicidad, es decir que sería necesario no admitir sino los principios de aquellos que crean que está en la virtud; pues sin ella no existe, ó por lo menos no podremos tener más que simulacros engañosos. Hablando con sinceridad, solo la virtud merece en este mundo ser considerada como base de la felicidad, por ser ella la única cuya naturaleza no puede transformarse, convirtiéndose en mal; y porque ella es el único bien cuyo exceso jamás debe temerse.

*José Cáceres B.*

(Continuará.)

## INCOS.

Oh! Eros si pudiera  
Estar al lado de mi dulce niña,  
Para avivar la luz de mi esperanza  
En el casto fulgor de sus pupilas!

Para admirar idólatra  
Su frente de ilusiones pensativa;  
E inundarme en la luz arrobadora  
Del iris celestial de sus sonrisas;

Para escuchar el suave  
Preludio de sus frases cristalinas;  
Romanza espiritual de la ternura,  
Melancólico acento de la rima!

Para estrechar sus manos,  
Para besar sus pálidas mejillas!  
Para sentir mi corazón ardiente  
Palpitante de gozo y de alegría.

Oh luz de mi esperanza!  
Oh silfo espiritual de mis delicias!  
Oh púdica visión de mis ensueños!  
Oh alma de mi amor . . .

¡Cuánto dara

Por estar á tu lado  
Contemplando tus formas venusinas:  
Inundados el pecho de suspiros  
Y el alma de ilusiones, vida mía!

Tú dándome el amor en tus miradas  
Yo dándote el amor en mis caricias!  
Tú hablándome el lenguaje de las vírgenes;  
Yo hablándote el lenguaje de las rimas!.....

*Jeremías Martínez.*

Junio de 1894.

## Administración de justicia.

Entre los varios funcionarios á quienes está encomendado el ejercicio de los poderes públicos en toda sociedad regularmente constituida, ninguno desempeña funciones más delicadas ni de trascendencia mayor que los encargados de la administración de justicia. Ella guarda, cual arca santa, los más sagrados intereses de la sociedad y de la familia: á ella están confiadas, como escudo protector, la vida, honra y propiedad de los ciudadanos.

El poder judicial, por la excelencia de sus funciones y por el elevado carácter que inviste, viene á constituir un centro regulador de los demás poderes. Reprimiendo los excesos de éstos, él hace que cada uno gire en la órbita de sus respectivas atribuciones y forma una valla insalvable contra la arbitrariedad y el abuso.

Si se nos pudiese un medio seguro para regenerar una sociedad en que la desmoralización y el fraude hubiesen llegado á su más alto grado, nos limitaríamos á indicar la elección de jueces idóneos, rectos y probos, que tuviesen el apoyo necesario para hacer cumplir sus determinaciones. Y á fe que nuestra esperanza no sería ilusoria. ¿Qué importa, en efecto,

que el magistrado refractario abuse de su poder, cuando en breve, el Juez severo, sometiéndole á juicio y castigando su extravío, le hará comprender que no impunemente se conculcan los derechos ni se falta á la religión del deber? ¿Qué importa que el administrador infiel dilapide los caudales públicos, si más luego el fallo de un tribunal habrá de poner coto á los desmanes del empleado concusionario, proveyendo á la reparación del gravamen que haya podido sufrir el erario y dando garantías de su futura buena administración? ¿Qué importa que el crimen se levante horrible y amenazante, si hay leyes que aplicadas con rectitud han de vindicar los fueros de la vindicta social é impedir la perpetración de nuevos delitos?

Federico el Grande, que rodeado de poder y prestigio pretendía destruir un molino á un ciudadano, molinero de San Souci, desiste de su temerario empeño y retrocede ante estas palabras con que el pobre propietario le reconviene: *tenemos jueces en Berlín*. Ni podía ser de otro modo, ya que esa sencilla amenaza envolvía una invocación solemne á los principios inviolables del derecho, á la sanción de la ley, á la santidad de la justicia, divinidades tutelares á que el Monarca no podía lícitamente resistir.

¿Queréis conocer el estado de un pueblo y la condición de sus asociados? Estudiad la marcha del poder judicial, y encontraréis un termómetro seguro para medir el grado de moralidad á que ese país haya llegado, y las garantías y derechos de que disfruten los gobernados. Allí donde la ley tiene su imperio y se acata el derecho, podrá el ciudadano espaciar su vista por dilatados horizontes de prosperidad y bienandanza. Sí, porque es la justicia savia fecun-

dante, á cuyo influjo germina el árbol de la paz, acariciado por las auras vivificadoras del progreso, que da frutos bendecidos y amparo á toda aspiración noble y levantada.

Por el contrario, aquella sociedad donde la justicia se administra mal, se verá combatida por la anarquía y el desorden, la propiedad expuesta á continuas exacciones, el hogar convertido en teatro de escandalosos, punibles excesos, y á la postre marchará ella á su aniquilamiento, si no á su completa disolución.

Impartir justicia! Misión sublime que, dando á cada uno su derecho, tiende á conservar entre los hombres el orden y la armonía que han menester para realizar los fines á que fueron destinados por el Supremo Hacedor, y hace que vivan honestamente en medio de plácida calma, respetando mutuamente sus garantías y propiedades.

Ministerio augusto que garantiza la tranquilidad y sosiego públicos, que sirve de guardián para el inocente, de baluarte contra la opresión; que esclarece la verdad y condena el error, refrena el vicio y exalta la virtud.

Mirad la viuda desolada, el huérfano desvalido, luchando contra la ambición y la perfidia, que se obstinan en arrebatarles el pobre patrimonio alcanzado tras largas vigiliass y penosas privaciones. ¿Triunfarán la intriga y viles manejos ante la razón y el derecho? Oh! no. Mientras haya un Juez recto, impenable como la ley de que es ejecutor, ajeno á todo sentimiento bastardo, no se consumarán el despojo y la iniquidad.

Mirad al infeliz que, víctima de la maledicencia, gime en lóbrega prisión, y á quien la calumnia, en consorcio con criminales pasiones, pugnan por arrebatar la honra al par que la libertad. Esfuerzo va-

no! Allí vela la justicia: á su luz esplendorosa brillará la inocencia circuida con la aureola del triunfo y quedarán confundidos los calumniadores.

Empero, si la misión del Juez es noble y elevada, su ejercicio es sobremodo difícil, impone solemnes deberes y requiere grandes dotes.

Debe el Juez poseer la idoneidad é instrucción necesarias, para poder conocer la ley, interpretarla, estudiar su espíritu y aplicarla debidamente á los casos que ocurran.

Ha de ser recto y probo para que no puedan llegar hasta él la seducción ó el halago, para que sepa desprenderse de todos los afectos y pasiones inherentes al corazón humano y no sufra en sus manos detrimento la justicia.

Debe por último, ser independiente, á fin de que se muestre inaccesible á toda clase de influencias, y sus actos lleven el sello de la ley.

Mas para que el funcionario judicial haya de gozar de esa independencia que sirve de garantía de acierto en sus deliberaciones, menester es rodearle de prestigio y de seguridades y premunirle contra todo aquello que pueda entorpecer su libre acción ó enervar su energía, para que así proceda sin vacilaciones, sin temores, sin contempORIZACIONES de ningún linaje.

Entre los medios que necesariamente han de conducir á esos fines trascendentales, enunciaremos aquí, la remuneración oportuna y suficiente y la duración del empleo, si no vitalicia, á lo menos por un largo tiempo, en el cual no pueda el Juez ser removido por la autoridad administrativa.

Si es justo siempre recompensar el trabajo de los servidores públicos, ese deber se hace mas imperioso, si cabe, tratándose de los jueces. Por la alteza é importan-

cia de las funciones que ejercen, ellos deben disfrutar de una dotación bastante y segura, á fin de que, satisfechas sus necesidades, puedan consagrarse por completo al estudio y despacho de los asuntos que les están encomendados y no se vean obligados á impetrar favores ó hacer exigencias que más luego comprometan su decoro y dignidad ó hagan sospechosa su rectitud. Triste espectáculo ofrecería un Juez á quien se viese, poco antes de fallar sobre cuantiosos intereses, solicitando en préstamo unas monedas para comprar el sustento de su familia. Oh! Eso sería poner en tortura su delicadeza, someter á dura prueba su honradez y exponerle á tentaciones terribles y conjeturas deshonorosas.

En cuanto á la duración del empleo, indispensable se hace, para que el juez se sienta garantido en todos sus actos, que no esté á merced de nadie, que no tema ser separado del puesto porque sus fallos disgustan á determinadas individualidades, que no se encuentre preocupado constantemente con la idea de que en breve, cuando haya cesado en el destino, quedará sin colocación y expuesto á las enemistades y venganzas suscitadas en su contra con motivo del ejercicio de la judicatura.

Nosotros sustentamos la doctrina de la inamovilidad de los jueces—bien que no de los inferiores, sino de los de más alta gerarquía—y lamentamos que no se encuentre establecida aquí en Venezuela, pues con ella nuestro poder judicial alcanzaría mayor respeto y prestigio y no presenciaríamos ese cambio frecuente de jueces, movidos al oleaje de nuestros vaivenes políticos, y lo que es peor aun, esa sumisión y dependencia servil de alguno de ellos ante la voluntad del gobernante que los nombra, como en ocasiones ha acontecido.

Objétase contra esta institución, la alternabilidad de los puestos públicos, que es uno de los dogmas fundamentales de la democracia representativa, más este principio no ha de tomarse tan rigurosamente: él no puede referirse sino á aquellos funcionarios que revisten cierto carácter político ó gubernativo, los cuales se reputan propiamente como delegados del pueblo y deben en consecuencia renovarse periódicamente, para que todos los ciudadanos tengan participación en la cosa pública. Pero hay otros empleos que tienen funciones de un orden muy distinto y para su mejor desempeño requieren una duración mayor, no debiendo por lo mismo ser temporales, sino vitalicias ó por lo menos de larga duración. Tales son la Magistratura judicial y el Profesorado de la instrucción pública.

Por otra parte, cargos como estos necesitan práctica, expedición y conocimientos especiales, que sólo se adquieren con el ejercicio de muchos años. Es con el tiempo, con el hábito de la judicatura ó del magisterio, con el estudio constante que en ellos se hace, que se forman los buenos jueces y los sabios profesores.

Finalmente, cualesquiera que sean las razones que se invoquen en contra de la inamovilidad judicial, quedan contrapesadas suficientemente con los males gravísimos que con ella se remedian y los beneficios inmensos que á la recta administración de justicia ha prestado esta institución en España, Francia, Italia, Rusia, Turquía, Portugal, Hungría, el Brasil, Chile, Colombia y otros muchos países donde se practica.

Por de contado que esa inamovilidad de los jueces, no debe entenderse sino en el caso de buen comportamiento, pudiendo ellos ser destituidos por sentencia judi-

cial cuando delinquen, son de mala conducta, ó de algún modo se hacen indignos de tan honroso cargo.

Cerremos estas líneas relativas á la inamovilidad judicial con las elocuentes frases que en defensa de ella pronunció en la Cámara Francesa el ilustre Royer-Coyard: "Cuando el poder encargado de instruir al juez en nombre de la sociedad llama á un ciudadano á esta eminente función, le dice: Organó de la ley sed impasible como ella. Todas las pasiones bullirán á vuestro alrededor; que no perturben jamás vuestra alma. Si mis propios errores, si las influencias que me asaltan y de que tan difícil me es garantizarme por completo, me arrancan órdenes injustas, resistid á mis seducciones, resistid á mis amenazas. Cuando subáis al tribunal, que no quede en el fondo de vuestro corazón ni un temor, ni una esperanza; sed impasible como la ley. El ciudadano responde: no soy sino un hombre y me pedís algo que está sobre la humanidad. Vos sois demasiado fuerte y yo demasiado débil; sucumbiré, pues, en esta lucha desigual. Desconoceréis más tarde los motivos de resistencia que me prescribís hoy y la castigaréis. No puedo elevarme siempre sobre mí mismo, si vos no me protegéis al mismo tiempo contra mí y contra vos. Socorred, pues, mi debilidad; libradme del temor y de la esperanza, prometedme que no descenderé del tribunal, á menos de ser convencido de haber traicionado los deberes que me imponéis. El poder vacila; es natural en el poder renunciar lentamente al ejercicio de su voluntad. Iluminado al fin por la experiencia acerca de sus verdaderos intereses, subyugado por la fuerza siempre creciente

en las cosas, dice al juez: seréis inamovible."

Con tales condiciones de rectitud, honradez, instrucción é independencia, la Magistratura judicial será guardián de todos los derechos, escudo inviolable de las garantías del ciudadano, paladión de la libertad y de la ley.

Cuando el Juez sabe inspirar sus fallos en las puras fuentes del Derecho y cumplir sus deberes con dignidad, se eleva á la altura de sus funciones y ciñe á sus sienes, preciado timbre de honor y de respeto. La magistratura constituye entónces un sacerdocio augusto.

DR. FRANCISCO OCHOA.

(Del libro *Estudios Jurídicos*)

## EL TENTADOR.

(*Última poesía del doctor Nájera.*)

Tras el triunfo primero  
que dio al hombre fatal sabiduría,  
el tentador artero  
nos acecha incesante noche y día.

Es la misma traidora,  
serpiente, que en silencio se desliza,  
aguardando la hora,  
sorda al consejo de impaciente prisa.

Candideces simula;  
nadie fue, al parecer, tan inocente,  
y á cada cual adula  
mientras aguza el alevoso diente.

Y no se sabe cuándo  
el veneno insidioso nos sorprende,  
ya en la cumbre del mando,  
ya en el lecho de flores que amor tiende.

Sentimos sí el estrago  
de la pasión del alma antes tranquila,  
como á la voz de Yago  
se estremece de Otelo la pupila.

Fermenta la venganza  
cual hidrofobia de implacable hiena,  
huye la confianza,  
se mira con dolor la dicha ajena.

El amigo recela  
del apretón de manos del amigo,  
acoge con cautela  
el filántropo el ruego del mendigo.

El humilde ambiciona  
lo que sin crimen alcanzar no puede;  
el alma se estabona  
á algo terrible que á su afán no cede.

Y el tentador reposa  
enroscado en su forma de serpiente;  
la víctima solloza  
y él se deleita en su actitud doliente

1894.

## NOTAS

### EN LA CIMA DEL ARTE.

El jefe de la escuela naturalista ha definido así el punto culminante que Alfonso Daudet ocupa en la literatura francesa contemporánea.

"Fue colocado, dice Emilio Zola, por la benévola naturaleza, en esa línea indecisa en donde acaba la poesía y empieza la realidad."

Esto, en cuanto al carácter literario, al género de las obras, al modo como maneja el cincel para esculpir en el mármol del arte sus creaciones inmortales.

En cuanto á la fuerza del genio, á la eternidad de la obra, á la gloria viva y durable de la creación, el autor de *La Taberna* midió con su mirada de águila, de la siguiente manera, la magnitud del coloso.

Hablaba el maestro de las tendencias actuales de la literatura francesa; de la nueva atmósfera de las letras, casi sin elementos humanos y con anhelo infinito á lo divino; de lo que llaman hoy por hoy escuela decadente; del simbolismo de la literatura y del arte; de la sátira sangrienta, del criterio implacable, del análisis crudo, sin piedad y sin tregua que Paul Bourget, la figura más grande de la presente evolución literaria, ha encarnado en casi todas sus obras, en *El Discípulo*, por ejemplo; de las nuevas corrientes que existen en las entrañas de la litera-

tura y que llegan del Norte, de Suecia, con Ibsen, y del Oriente, de Rusia, con Tolstoy; del misticismo-mogigatería como diría Macaulay—que según parece quiere entronizar en la literatura una reacción semejante á la política que siguió al triunfo de Wellington; y después de consideraciones más ó menos brillantes el creador de los *Rougon-Macquart* termina así:

"No sé hasta donde llegará la marea que está formando la nueva escuela. Sólo sé que ella no tiene todavía un jefe, ni un historiador, ni un crítico, ni un prosador, ni un novelista, ni un poeta, ni un hombre de genio que sepa apoderarse de los sentimientos de la masa social para darles impulso, movimiento y vida."

Y luego, con aquel orgullo sobrehumano del genio; con aquella altanería que sólo tiene el talento cuando se siente atacado, con aquella fiereza indómita del león cuando contempla el brillo de su melena y la potencia de sus músculos de acero; con aquella soberbia inflexible de los ángeles rebeldes ó caídos, "la escuela naturalista, dijo, no podrá morir mientras existan en Francia Daudet, Goncourt y yo."

Y pudo agregar: el ideal, como toda esperanza, es siempre eterno. Comprendemos las aspiraciones, las creencias en la inmortalidad, y por lo mismo no las discutimos. Nosotros tomamos de la vida lo que se ve y lo que se palpa; tomamos el documento humano, la nota real de los hechos, y pura ó prostituida, con alas ó con fango, hacemos desfilas á la humanidad entre las sombras que ella misma forja y los crímenes que ella misma crea. Puede brillar nuevamente el azul de Lamartine y hacer gala la moda del chaleco rojo de Gautier, pero esto no impedirá que la *Comedia humana*, de Balzac, sea una resurrección; que *Madama Bovary*, de Flaubert, sea siempre la mujer clásica del adulterio; que en el reino de la literatura y del arte se llore siempre la locura del genio de Maupassant.

A grandes rasgos, por no permitir las dimensiones de esta publicación literaria un estudio acabado y completo, hé aquí lo que pensamos de Alfonso Daudet.

Antes que todo es un gran poeta. Ese pincel es pincel maestro. Idilios y tragedias, lágrimas y sonrisas, amores y crímenes, hastíos y esperanzas, ensueños y realidades, deslumbramientos de soles y lobregueces de noche, brisas serenas y tempestades sombrías; todo lo que brilla como la virtud, como el talento, como el genio, como el rayo; lo que atrae como el abismo; lo que devora como el crimen, lo que aterra como la tempestad; todas las notas del canto humano, desde la que comienza en la tierra hasta la que termina en el cielo; desde el germen hasta el árbol, desde el embrión hasta el hombre, desde el átomo hasta la naturaleza, todo esto lo ha pintado Daudet en lienzos palpitantes de inmortalidad y de vida.

Y por encima de todo, como nota final, como nota culminante, como distintivo de su genio, esa carcajada alegre y burlona, carcajada cristalina, la que tendría el cristal si el cristal pudiera reír.

Nada más gráfico que el *Nabab*, más quijotesco que *Tartarín*, más doloroso que los *Reyes en el destierro*. Los *Cuentos del lunes* fueron en Francia un verdadero acontecimiento. En sus obras, en sus héroes, lo que culmina es la serenidad inalterable, la embriaguez de la risa, el desengaño sombrío, la desesperación del dolor.

El papel de Daudet no está bien definido todavía. De ahí la exactitud de esa línea indecisa de que habla Zola.

Si consideramos á la literatura como una esfera, con un polo idealista y otro realista, Daudet estaría colocado en ese punto vago é indeciso que representaría en este caso al Ecuador literario. Él es el término medio entre las dos escuelas. Avanza ó retrocede cargado de luz y de resplandores, pero sin ponerse en contacto con el hielo ó con la sombra de los dos extremos.

Si el ideal es el cielo, si el realismo es la tierra, Daudet en literatura es la nube flotante. Rosada en el alba, blanca en el zenit, purpurina en el ocaso, lóbrega en la noche, llevando en su seno el iris ó la tempestad según las ondulaciones de una marcha infinita.

El no tiene ni ese lujo de estilo, ni

ese primor de concepción, ni esa riqueza de detalles, ni ese análisis desnudo de Zola; no tiene tampoco la precisión y sobriedad de Flaubert; ni la investigación, por decirlo así, matemática de los Goncourt, ni la originalidad de Guy de Maupassant. Tampoco tiene ninguno de los caracteres dominantes en los noveladores de la escuela romántica.

No hay en sus obras exageración de principios como en *La Sonata de Kreuser*, de la literatura rusa; ni exageración de caracteres como en "El mal del siglo," de la literatura alemana; ni convencionalismos ni plétores de hechos, como en *Pequeñeces* y *Crímenes legales*, de la literatura española.

En Daudet hay algo menos y algo más. No tiene en sus obras ni una figura repugnante ni un personaje vaporoso. Él describe la vida tal como es, tal como él la observa y la palpa, sin llegar nunca al fin del ensueño ni al fin de la realidad.

Si se trata de cuadros realistas, siempre comienza por la nota baja y pálida. A medida que avanza va recargando poco á poco el pincel y el color va subiendo. Luégo, cuando todo el cuadro está delineado, cuando las figuras resaltan, cuando el desenlace se aproxima y la catástrofe se acerca, Daudet interrumpe magistralmente la escena dejando vislumbrar el final del cuadro pero sin necesidad de mojar el pincel en sangre.

Si se trata de idealismo, él les pone un límite, un límite humano. El amor, la virtud, la abnegación, el deber, se ven desfilar en luminoso panorama. Pero los claros de luna, las citas en plena selva, los anhelos de Coseta, las trenzas de Graciela, los suspiros de Werther, las cartas perfumadas, los ensueños nebulosos y fantásticos de las márgenes del Rhín, están por completo desterrados de sus obras.

Ni todas las crudezas de la carne ni todas las ridiculeces de la imaginación.

Para terminar, Daudet es el fiel de la balanza entre las dos escuelas. Él ha conservado del ideal todo lo que debía sobrevivir; ha hecho amar del realismo todo lo que es digno de ser amado.

Ni adoración ciega por el cuerpo, pues tenemos un espíritu, ni adoración



siega por el espíritu, pues la frágil carne tiene pasiones y necesidades.

S. A. G.

Marzo de 94.

## EL BOMBARDEO.

Llamado por la patria,  
que está en peligro,  
según las opiniones  
de los ministros,  
Juanillo, un reservista  
de Valdeolivos,  
á cargar con el chopo  
vuelve al servicio.  
Llora, al marchar, el pobre  
como un chiquillo,  
no por miedo á las balas  
del enemigo,  
sino porque abandona  
su hogar bendito  
y sin guarda ni amparo  
deja dos niños  
que á Juan se le figuran  
dos angelitos  
que Dios, por ser honrado,  
le ha concedido.  
Él, labrando la tierra  
con rudo ahinco,  
llevaba alegremente  
pan á sus hijos;  
más ahora que él parte  
porque el destino  
le exige por la patria  
tal sacrificio,  
¿qué hará la pobre madre  
con sus chiquillos?  
¿Qué va á ser de las prendas  
de su cariño?  
¡Por eso el reservista  
de Valdeolivos  
va á la guerra llorando  
como un doctrino!

Todo calla en el campo,  
no se oye un grito  
ni un eco en los abruptos  
montes vecinos.  
Duermen sobre las armas  
los enemigos;  
las sombras apagaron  
todos los ruidos  
y, al parecer, la noche  
trajo consigo,  
sino la paz, la tregua  
del exterminio.

Pero tras de los muros,  
alerta y listos,  
se agrupan los soldados;  
mudos, sombríos,  
cargando los cañones  
con gran sigilo,  
cual si los prepararan  
para un delito.  
De pronto surge el foco  
potente y vivo  
que alumbrá la campiña  
como el sol mismo,  
y allá en el monte deja  
ver de improviso  
cual bando de palomas  
los caseríos.....

¡La señal! Truenan roncocien estampidos:  
tempestad precursora  
del cataclismo.  
Todas las baterías  
lanzan sus tiros,  
arrasando los campos  
antes tranquilos  
y Juan en la aspillera,  
triste y sombrío,  
contempla aquel terrible  
cuadro magnífico.  
Llega el teniente, apunta,  
torna á su sitio,  
y dice "¡fuego!" en tono  
severo y vivo.  
Pero Juan no se mueve,  
sigue abstraído  
y en las casitas blancas  
los ojos fijos,  
—¿Qué piensas alcornoque  
¡Dispara he dicho!  
—Mi teniente, pensaba  
que allí, escondidos  
detrás de las paredes  
del caserío,  
hay niños inocentes  
como angelitos  
que en brazos de sus madres  
duermen tranquilos.  
—¿Qué pamplinas son esas  
¡Son enemigos!  
—Sí, señor, mi teniente,  
¡pero son niños!  
¡Y yo á Dios pediría  
cruel castigo  
para el que echara bombas  
sobre los míos!

SINESIO DELGADO.

## LA LEYENDA DEL BESO.

## I.

Ven, que la tarde muere, el sol declina,  
De púrpura se tiñe la Alpujarra,  
Enciéndese la estrella vespertina,  
Vuelve al alero ya la golondrina  
Y calla en el barranco la cigarra.

## II.

El viento duerme en la arboleda obscura,  
Pabellón de los plácidos senderos,  
Y entre las ramas de gigante altura,  
Las frases que te dice mi ternura  
Las trinan en sus nidos los jilgueros.

## III.

Ven, y sigamos por la senda agreste  
Que aun guarda unidas nuestras propias huellas,  
Que ha besado las olas de tu veste:  
Es templo del amor! con luz celeste  
La iluminan temblando las estrellas.

## IV.

No tardes; del encanto que te asombra  
Es hora ya: la trémula enramada  
Con vos de arrullo sin cesar te nombra,  
Y es que hay almas ocultas en la sombra  
Que esperan impacientes tu llegada.

## V.

Entrémos al Alcazar; frente al muro  
Que enguirnalda musulmíca leyenda,  
Pronuncia las palabras del conjuro:  
"Te quiero con el alma, te lo juro,  
Y te doy este beso como prenda."

## VI.

Y á tu voz, de pasión estremecidos  
Para entregarse á la morisca zambra,  
Surgirán los espíritus dormidos,  
Como duermen las aves en sus nidos  
Ocultos en los techos de la Alhambra.

## VII.

El alegre murmullo que se acerca  
Detrás de los floridos arrayanes,  
Del limpio estanque perfumado cerca,  
Es que agitan las ondas de la alberca  
De Zoraya y de Fátima los manes.

## VIII.

Sacuden al surgir las crechas blondas  
Aureos velos de espaldas de alabastro,  
Y del estanque en las revueltas ondas  
Al copiarse los cielos y las frondas,  
Es flor de luz entre el ramaje el astro.

## IX.

Y brilla la mármórea columnata,  
Sostén del arabesco policromo  
Que oscilando en la alberca se retrata  
Como un encaje de bruñida plata  
Que en sus cavernas fabricara el gnomo.

## X.

Despiértanse morimes y alaveses,  
Los nazaritas salen de la Rauda,  
Y en la sombra que marcan los cipreses  
Se mira el centellar de los arneses  
Y algún extremo de flotante cauda.

## XI.

Por orden de fantásticos claveros  
Las puertas del harem abre el eunuco;  
Enciéndese en las salas los mecheros,  
Y el humo de orientales pebeteros.  
Orla con gasas el labrado estuco.

## XII.

Esmalta los gallardos alminares,  
En caracteres cúficos escrita,  
La historia de los reyes Alhamares,  
Y deslumbra en la torre de Comares  
La gloriosa epopeya nazarita.

## XIII.

Tú sabes que esa rica filigrana  
Que los muros decora y festonea  
No es vano alarde de riqueza vana,  
Que es un libro de gloria musulmana  
En el que cada trazo es una idea.

## XIV.

Y oirás por las caladas celosías,  
Cuando mi intento cariñosa ayudes,  
Kásidas amorosas de otros días,  
En que cantó Jathib sus alegrías  
Al rítmico compás de los laúdes.

## XV.

Su pupila en la sombra nos acecha:  
Va á cantar á la rubia pensativa.

Como de nieves y de brumas hecha,  
Turgente el busto y la cintura estrecha,  
Que siendo soberana es mi cautiva.

## XVI.

¿Que cuál es el origen del encanto?  
Larga es la historia. ¿Conocerla quieres?  
Es el beso de un muerto, causa espanto.  
¿Para qué hablar de celos y de llanto?  
Hablemos del amor: dí que me quieres.

## XVII.

¿Por qué tiembla tu mano entre la mía?  
Cuando así á mi reclamo te resistes,  
¿Es que olvidaste el venturoso día  
En que por vez primera la alegría  
Se presentó en la "Senda de los tristes?"

## XVIII.

Nadie nuestros coloquios importuna;  
¿Por qué inquieta me miras? ¿Quién te roba  
La dulce calma que al placer se aduna,  
Si en las arcadas filtrase la luna  
Como la luz en la nupcial alcoba?

## XIX.

¿Qué no es cierto el prodigio? Pues por eso  
Déjame que lo invente y que lo cante,  
De tu rubia cabeza bajo el peso,  
En el poema rítmico del beso  
Que escriba con mi labio en tu semblante

## XX.

Bésame con tus labios carmesés,  
Mientras tus ojos, como el cielo azules,  
Me miran entornados. ¿sí? sonrías....  
¿Qué me importan amores de zegrías,  
De muzas, de gomeles y gazules?

FRANCISCO A. DE ICAZA.

## La divina comedia.

El ilustrado General D. Bartolomé Mitre acaba de publicar en un volumen de 800 páginas la traducción completa de la *Divina Comedia* del Dante.

En la nota bibliográfica que se halla al frente del volumen dice el General Mitre:

"Mi ánimo, al emprender la traducción del Dante, fue no pasar del *infierno*, y quedarme en él como traductor, si me alcanzaba la condenación que acompaña á los intérpretes fieles: *traductore-traditore*. Pero una vez puesto á la tarea, he creído deber llevarla hasta la terminación bajo el mismo plan de interpretación desarrollado en la *Teoría del Traductor* que puse al frente del ensayo de traducción del *Infierno*, y cuyas reglas son igualmente aplicables á las partes del *Purgatorio* y del *Paraíso* que ahora se publican por primera vez."

Hé aquí la carta que con motivo de la traducción del Dante le ha dirigido al General Mitre el conocido literato Guido y Spano.

Buenos Aires, 12 de septiembre de 1894.

—Señor Teniente General Bartolomé Mitre.

—General: Soy de los últimos. Lo explicaré, excusándome. Antes de agradecer á usted el valioso obsequio de su traducción de la Divina Comedia, quise darme cuenta de tan magno trabajo.

Llenado el intento, no es cosa fácil reponerse de ese viaje á través de las sombras, en que al par de la inmensa tristeza producida ante el espectáculo del pasado que estrepitosamente se derrumba, asoma allá á lo lejos, con vivos resplandores, la aurora del porvenir, no desvanecidos todavía los fúnebres celajes entre los cuales fulguró la fantasía del soberano poeta gibelino.

Su poema, se ha dicho, "es á la vez una tumba y una cuna, la tumba magnífica de un mundo que se va, la cuna de un mundo que alborea." Usted, General, por natural inclinación, ha podido contemplar, mejor que otro cualquiera en nuestros días, con el pensamiento, desde su gabinete de estudio, la fúnebre pompa de la edad sepultada y el renacimiento de los que le han sucedido, como evocados por la voz de inspirado profeta.

Ahí están sus impresiones reflejadas en nuestro rico idioma: ahí los ecos que resonaron en el santuario donde pontificara un numen inmortal.

Guido Novello de Polenta, poeta, padre de la infortunada Francesca de Ri-

mini, ordenó se le hiciesen en Rávena al Dante magníficas exequias. Después de seis siglos parece que aun asistiéramos á ellas, glorificando al amante sublime de Beatriz, invitados en esta ocasión por un ilustre autor americano.

El panteón en que usted de nuevo nos hace penetrar es misterioso, oscuro, lleno de melancolía inefable. Pero las armonías del órgano estremeciendo los viejos muros nos levantan desde las profundidades del eterno dolor, á las regiones de la esperanza y de la luz.

Estamos en pleno campo de la humanidad atormentada. El guía que ahora nos conduce, conoce los abismos y los montes. Sigámosle sin preguntarle los peñascos que encontró en su camino.

Mientras su antorcha no se apague, ¿qué importa si oscila al soplo de los vientos helados? La hará por fin brillar en las alturas, á donde sólo llegan sin fatiga los fuertes, con el bastón ferrado ó las alas enormes.

Soy de los que se pasman de la labor de usted, no obstante las observaciones hechas y por hacerse, respecto de su versión del italiano:

Che molte volte al fatto il dir vien meno según lo expresaba el Dante hablando de sí mismo.

Penetrar en las nebulosidades, siniestra ó blandamente iluminadas por el estro del taciturno personaje "que iba y volvía del infierno," según al verle pasar se decían en secreto con susto las sencillas mujeres de Florencia, es tarea digna de admiración y aplauso.

"Vos—escribía Dante en su epístola dedicatoria á Can Grande (Ugucione del Ila Fagiola) jefe de la liga gibelina—vos que tenéis la inteligencia sana, fijaos en la doctrina oculta bajo el velo de los versos extraños."

Y agregaba: "Para comprender las cosas que se dirán en esta obra, es menester considerarla bajo distintas fases, pues uno es el sentido que de la letra se desprende, otro es el que se saca de lo significado en ella."

Jacoco di Dante, interpretando la mente de su padre, dice (es un simple recuerdo) "que el Infierno, el Purgatorio, el Paraíso tan solo son figuras que representan al hombre sobre la tierra, ó sepultado en el vicio, ó confirmado en la virtud por la cual el alma en po-

sesión de la felicidad se eleva á una altura desde la cual le es dado poder descubrir el bien supremo"

Todo esto no pasa de un simbolismo filosófico, propio á confundir el espíritu en un caos de vagas abstracciones. El traductor argentino no se ha arrojado á descifrar el enigma en ellos contenido, computando con notable erudición lo antes publicado por los diez y ocho comentadores que cita, afirmándose en ellos ó tratando de aclarar sagazmente sus disquisiciones prolijas. ¿Lo ha conseguido siempre? En verdad que no sería poca hazaña.

"A pesar de las indicaciones, escribe un crítico eminenta, hechas por el Dante para la interpretación de su libro, no por ello quedan menos envueltas algunas de sus partes en oscuridad impenetrable, aun á juicio de los más entendidos. Perticari, Montti, Viviani, Dionisi, Hugo, Foscolo", á quienes, exceptuándose el último, no menciona el eximio traductor en sus notas sin duda por creerse ya, y con razón, suficientemente pertrechado con su rica biblioteca dantesca.

¡Cuánta labor, cuánta dificultad arrostrada ó vencida! ¡Qué denuedo para reflejar en nuestra lengua y nuestro siglo la imagen del grave y fiero florentino!

"El gran maestro di color che sano" cual exclamaba él al presentársele la figura gigantesca de Sócrates!

Mas al General Mitre nada le detiene, ni en la guerra ni en las luchas de parlamento, ya se trate allí de alta política, ya de defender la hacienda pública en sus nimios detalles, hasta empeñarse patrióticamente en evitar que la arruinen los alumnos ó entenados de Apolo, con ser éstos sus parientes afines: ni tampoco le arredrara el medir de hito en hito la colosal estatura del *Theologus Dante nullius dogmatis ex-pers.* como léese en la inscripción grabada á cincel en su sepulcro.

Y á fe que en esta empresa de sus años maduros ha alcanzado usted los honores del triunfo. Su obra, lo diré yo también, revela un poderoso aliento. Si la piedra en que se ha trabajado con tesón no estuviera perfectamente labrada, piedra es al fin sin que sus anfrac-

tuosidades ó aristas contribuyan á hacerla menos resistente y duradera.

Mis plácemes, General, y que conserve usted por muchos años su ingenio, su salud y sus bríos.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

## EL HOGAR VACIO.

¡Ay! tu hogar está húmedo y sombrío  
De tu encanto vacío,  
De todos tus reflejos despojado!  
El aire que agitaba tus cabellos,  
Como no juega con ellos,  
Circula entre los árboles callado!  
Se caen marchitas al abrir las rosas  
Que frescas y olorosas,  
Ayer reían en tus sienes bellas,  
Y crecen las acacias tan lozanas,  
Que cubren las ventanas  
Por donde nos miraban las estrellas,  
Como uno y otro día no te vieron,  
Tus tórtolas huyeron,  
Aquellas que amorosas y sencillas,  
Sobre tu casto seno se empinaban,  
Y tus labios besaban  
Golpeando con sus alas tus mejillas.  
¡Quién sabe dónde están, dónde han ido  
A suspender su nido!  
Extrañas son las que en el bosque moran.  
Las que se mecen en sus verdes cañas  
Que tu recuerdo extrañas,  
Las que en tu sauce predilecto lloran.  
Todavía aquel árbol eminente,  
Sobre el balcón saliente  
Deja inclinado que su copa oscile;  
Pero ya no entrelazan en los muros  
Sus vástagos oscuros  
La madre selva y el jazmín de Chile!  
Crece yerba salvaje en las macetas  
Colmadas de violetas,  
Que tú regabas al morir el día  
Y ruedan por los patios desbandadas  
Las hojas arrancadas  
De aquel naranjo que tu edad tenía.  
Las limpias aguas del raudal cercano,  
Que en tu rosada mano  
Beber solías con afán sonriente,  
Cuando del linde de tu hogar se alejan  
Parece que se quejan,  
Que van llorando por su dueña ausente.  
Las olas son que en apacibles horas,  
Copiaron seductoras,  
De tu frente de niña la azucena!  
¡Las mismas olas que no bien llegaban

Tendiéndose buscaban  
Algún hovelo de tu pie en la arena,  
Como en los días del ardiente enero,  
La jaula del jilguero,  
¡Aun cuelga del parral fresco y umbroso,  
Pero ¡ay! en vez del que quisiste tanto,  
Hay otro, cuyo canto  
Es un gemido de dolor medroso,  
Así mi lira llorará tu ausencia  
Tu cándida existencia  
Cual blanca nube se elevó del suelo  
Y en lo infinito desplegó sus galas....  
Los que nacen con alas.  
¡Que pronto suben de la tierra al cielo!

RAFAEL OBLIGADO.

## RECUERDOS DE NOCHE BUENA.

No es alegre la niñez, porque no tenga preocupaciones ni deberes; es alegre por su inocencia, el desconocimiento del mundo, los espejismos en un horizonte sin manchas. La alegría no está fuera de nosotros, sino dentro, en la fantasía no enturbiada por los desencantos. El cielo de Nápoles es oscuro cuando el alma está sombreada y luctuosa; el cielo de Kiew brillante y hermoso, si en el interior de la vida rebosa la dicha. Nosotros constituimos nuestro mundo: las nubes, los huracanes, las tempestades, nada son compitiendo con un ánimo tranquilo.

Entre lo que pasó, pocas veces hallamos el sabor de un placer sin espinas, como no sea asociado á las candideces de la infancia. Entonces sí que todo era bello y todo sonreía. Y entre todo, lo más deleitable, lo más alegre, la Pascua, Navidad, aquellos días nebulosos con los árboles cargados de escarcha y los caminos cubiertos de hielo; un sol bajo y turbio á ratos y la bruma venciendo y oscureciéndolo al caer la tarde. En aquellos días todos endulzaban su carácter; la madre toleraba mayor expansión: el maestro se encogía de hombros con los desaplicados; los celos de las familias se apagaban; el amigo sentía la necesidad del calor del amigo enojado.

Ya estamos en noche buena; la única del año en que los niños cenan con los padres desvelándose hasta cerca del

amanecer. La cena, los turronecillos y las frutas, la misa del gallo, las risas inocentes, la guarda de una cosecha prodigiosa de golosinas y juguetes y oropeles. En el grande hogar de la extensa cocina, una fogata formidable de troncos avivados por brazadas de secos sarmientos; la larga mesa delante preparada con la mejor vajilla, las cajas miradas con codicia por los pequeñuelos; el amigo y el pariente entrando contentos como si acabaran de recibir una fortuna; la madre hacendosa poniendo los lugares y los trasos: los pequeños cerca de ella para poder imprimir sobre su frente un beso enternecido entre el reparto de dulces y de confites. Una cena larga, en que se come más alegría que pan. Fuera de allí un frío polar; nieva; el viento silba por las rendijas y los tejados. Pero es preciso ir á misa del gallo; los pequeños no creerían en la fiesta, si no se mojan y se hielan. Nada van á sentir enojoso ni desagradable, y nada sienten; cruzan calles y plazas, ríen en la iglesia, cuentan sus regalos con los compañeros, no tienen sueño ni cansancio, y al retirarse, todo pareció corto. Aun hay, sin embargo, muchos días de gozo: dos semanas de vacaciones, las sisas de año nuevo, los regalos de reyes: un porvenir, al lado del cual son mezquinas las esperanzas de los cónsules que llegarían á emperadores.

No se da cuenta de lo que es aquello; se siente sólo una gran bondad en el alma, un tesoro de generosidades dentro del pecho. El padre y la madre, majestuosos y eternos; no se cree en la muerte y no se presume que pueda aparecer. La madre al despedirse y apagar la luz, "sed buenos", dice, y es su último beso una oración y una súplica.

Navidad es el día de las madres. Para los hombres tiene su filosofía; para las mujeres, corazón. La ciencia enseña cómo las razas históricas, las razas creadoras, celebran el renacimiento de la vida, la vuelta al calor, el ascender del sol, después del solsticio de invierno. El corazón de las madres ha recogido el emblema y lo convierte en abrazo de la familia. Ella se irá, y el hijo viene, como se suceden los años. Ojalá pudiera hacer de aquellos esbozos de vida un seguro de felicidad. Algo

también se imprime sobre el corazón del niño, algo que vivirá con él, y si lo recuerda, acaso le precaba ante el abismo. Se ha dicho que jamás ve a mujer llega á ser completamente mala, si alguna cosa le queda de madre; así puede decirse, que nunca un hombre cae hasta los últimos peldaños del vicio y de la degradación, si algo le queda de hijo. Amar á la madre es un amuleto; esa ternura, como el fuego, derriete las impurezas y serena y limpia el alma.

Pero en esta vida rudimentaria y enfermiza de que no ha salido la humanidad, la experiencia no se trasmite; la verdadera dicha no se explica, sino cuando se dispó. El hombre no sabe ser eternamente hijo hasta que no es padre; no conoce los temores y las zozobras de que fue causa, hasta que no llega á sentir las.

En noches semejantes á las recordadas de lejano hogar, asáltannos los pensamientos que debieron asaltar á nuestros padres. Al poner ellos el espíritu en el porvenir, nada pedían más que para sus hijos; ninguna otra ambición, ninguna otra codicia.

Walmiki, como todos los poetas, había visto á los dioses y seguido sus peregrinaciones y presenciado sus prodigalidades. Indrá estaba cansado de ser inaccesible, y bajó á repartir mercedes. Por mucho que fuera su caudal, había de agotarlo entre la turba de peticionarios. Riqueza, sabiduría, poder, monopolios, dominación, era objeto de las demandas. Un último solicitante esperaba sin impaciencia. Querría, como los otros, ser rey ó sacerdote, dueño de muchas mujeres ó de muchas tesoros, esclavizar ó dominar, pisotear pueblos y bañarse en saugre y levantar su soberbia sobre escombros y sobre seres aherrojados. Como era eso. Entonces deseaba la ciencia, sumergirse en la naturaleza, contar sus palpitaciones, penetrar todos sus secretos. Y tampoco era eso. Querría un cielo de amor, el beso de todo lo bello, el aliento y el abrazo de las diosas y de las musas arias; la sensualidad, el goce sin término. No; algo más sencillo y más grande, más modesto y más generoso. Da á mis hijos, dijo á Indrá, un corazón sano y una voluntad sedienta del bien.

En esa leyenda Walmiki cuenta lo

que habían pensado todas las buenas madres antes que él, y lo que todas, sea cual fuere su raza y su religión, han pensado después. Lo que pedían a sus madres al destino en las candorosas alegrías de Navidad, y en las tiernas reuniones de la familia.

VALERO PUJOL

## SOLA

¿A qué negarlo más? Nueva Graciela, por un ausente bardo estás de duelo, sólo su amor te anima y te consuela, y su amor, como todo lo que vuela, huyó del nido y se perdió en el cielo.

Yo sé que tiembla el labio y te sonrojas al recuerdo feliz de fausto día: y que, á veces, calmando tus congojas, las blancas *margaritas* que deshojas te dicen que te quiere todavía.

Sé que al morir la tarde, con inquieta, triste mirada el horizonte mides, y en el delirio de pasión secreta, de la hermosa figura del poeta que se alza en el espacio, te despides.

Sé que en largas noches, cuando el pecho una triste catástrofe presiente, sin rencores, sin odio, sin despecho, te arrodillas llorando sobre el lecho para rogar á Dios por el ausente.

Sé que hay un talismán que guarda esos tesoros de ternura en los amores: que lo abres sé, llegando en tus excesos, á creer que el perfume de los besos vagando queda en las marchitas flores.

¿A qué negarlo más? Te hablo al oído: cuando te miro así, la dicha pierdo; yo también como tú nunca he podido empapar en las aguas del olvido el ropaje de luz de mi recuerdo.

Las glorias del amor huyen de prisa: siempre hay una beldad llorando á un bardo; Julieta que se queja con la brisa, ó la nevada toca de Eloísa sobre le yerto sepulcro de Abelardo!

No puede reflejarse la esperanza; sobre tu nivea frente de camelia el amor es así, mal y asechanza,

pues mientras Hamlet sueña en la venganza, suspira y canta y enloquece Ofelia.

Llora tu pena, aguárdale entretanto: él volverá tal vez; tu afán quieta; que más sentido y dulce será el canto cuando caigan las gotas de tu llanto sobre la lira de oro del poeta!

LUIS G. URBINA.

Méjico.

## DOÑA EMILIA

Así la llaman. Así se hace llamar ella. El apellido ha quedado inutilizado por la celebridad del nombre de pila. Privilegios de las grandezas. Caprichos de la gente, dirán. Es lo cierto que sólo á determinados individuos les es permitido llamarse Napoleón á secas, ó Diógenes ó Pericles simplemente, y pasearse, sin más apellidos, por todos los mundos y al través de todos los siglos. Tal le sucede á la señora doña Emilia Pardo Bazán, la mujer ilustre que pone hoy la pluma en nuestra mano. Ella es doña Emilia, lisa y llanamente, y con eso tiene y nos tiene á todos atados al carro de la admiración más profunda y desinteresada.

Desde que Madame de Staël emprendió un día cualquiera el gran viaje, ese viaje que empieza aquí y acaba no se sabe dónde, ninguna mujer sin corona, ningún escritor de falda ha metido tanto ruido en el mundo literario, y hasta en el que no lo es, como la celebrísima española doña Emilia.

Jorge Sand y Fernán Caballero le anduvieron recio á la botella de tinta; pero ambos se quedaron en pañales en el regazo de la gallega. Carmen Silva, con todo y su triple corona de Reina, de poetisa y de mujer bonita, con todo y tener de su parte la trompeta de Pierre Loti, que manda lejos los acentos dulces y quejumbrosos de la Princesa que llora el naufragio de sus ideales; ni ella, digo, con todo el prestigio de la púrpura y el brillo de su pluma de oro, ha hecho hervir tanto la espuma de la fama.

Cada uno de los correos de Ultramar—y éstos no son pocos hoy—nos

trae alguna pieza de las que corta con singular maestría y sin rebuscar el género, esa modista insigue que ha puesto en la prosa castellana el aticismo más auténtico de que me es dado hacer memoria.

Cuentan las crónicas, que no siempre son el evangelio en materia de verosimilitud, que el hombre de Austertitz pasaba un día por enmedio de la doble fila de cortesanos formada en un salón de las Tullerías, cuando Madame de Stáel, su enemiga recóndita, sensible como todas las mujeres al elogio y deseosa de obtener alguno del todopoderoso monarca, le preguntó: Sire, querrá decirme Vuestra Majestad cuál es la mujer más importante de Francia?—La que dé más hijos á la Patria, señora, contestó Bonaparte. Dicen que la francesa quedóse en ascuas. Si por esas vamos, yo digo ahora, que doña Emilia, en caso análogo, ni se enfada, ni se pone colorada como una amapola. Antes besara la imperial mano y recogiera el pipero dando gracias. Porque, hijos suyos son, y todos para la Patria, los que concibe y da á luz diariamente la fecundísima imaginación de esa esposa del talento. El mayor, si no el primogénito, quedará siendo *San Francisco de Asís*, por lo juicioso, grave y circunspecto. Después, la chusma alegre, retozona, picarezca é intencionada. *La madre naturaleza*, hija de ella, y no muy recatada por cierto, es hermana gemela de aquel famoso paseo *Por Francia y por Alemania*. Pero donde doña Emilia se siente más á sus anchas, es decir, más á su gusto, como cuando se entraba de sopetón en la alcoba de los hermanos Goncourt, es *Al pié de la Torre Eiffel*. Francamente: á doña Emilia se le encrudeció el habla cuando echó á pensar en esos dos hermanos Senganno, que ya antes le habían arrancado á su genio un prólogo tres veces más extraordinario que la obra de aquellos dos famosos neuróticos iniciadores de la evolución naturalista. La traducción misma del libro, superior en mi sentir al original francés, era ya una prueba de que en la gimnasia del pensamiento, la española no le iba en zaga á los dos célebres acróbatas, y que el músculo de la forma castellana ejercitado por ella tiene tanta ó más flexibilidad, tanto ó

más vigor, y tanto ó más resistencia para soportar el peso enorme de intención que ellos descargaban sobre la frase francesa.

De la admiración y simpatía de doña Emilia por los dos novelistas psicólogos, y de su flaco por Zola, el actual pontífice de la escuela, ha tenido que resentirse el cervantismo de la española, y el fluido transpirenaico trasciende á veces de su estilo, á despecho de todo lo que hay de castizo y de clásicamente puro en la cascada de perlas que brota de su pluma.

Los críticos, los anatomistas del lenguaje, los que le aplican el bisturí de un Salvá no pocas veces olvidadizo, ó el corta-plumas del Conde de Ceste, Presidente de la calle de Valverde, á la grasa de un cuerpo robusto que quiere y puede vivir y morir sin ferruginosos académicos, esos, digo, pichones unos de Valbuena, enemigos de él sin embargo, han desguzado los neologismos de la Bazán y sentado plaza (á su manera) de saber lo que es un

“Mur de Guadalupe un lunes madrugaba.

“Fuese á Monferrado, á mercado andaba;

“Un Mur de franca barba recibió’ en su cava;

“Convidó’ á yantar, é dióle una faba

“Estaba en mesa pobre, buen gesto é buena cara.”

(De Hita—Siglo XIV.)

Y eso que doña Emilia á pesar de las acusaciones de libre escritora, de socialista de la lengua, no se ha mostrado corta en arcaísmos, quizás por echar algún hueso á los del otro bando.

Dicen los que saben, que doña Emilia sabe, y que sabe mucho. Yo me lo callo por aquello de que “la verdad por sabida se calla.” Y si de algo tengo miedo es de haberme metido á hablar de una mujer, que no es mujer ahora para mí, sino (con perdón de D. Juan Valera) el más galano de los escritores castellanos contemporáneos.

Mucho han tirado de la falda á doña Emilia por el color subido de algunos de sus cuadros, llegando á acusarla de pornográfica, sin derecho á las circunstancias atenuantes. Parece que hay en esto alguna exageración, y que el realismo de nuestra ilustre gallega no puede ni debe confundirse con el archinaturalismo de los sucesores de Goncourt. En lo general, en España los adeptos á la escuela se han detenido en cierto límite, y doña Emilia dista mu-



cho más de Zola y de Maupassant que el Padre Coloma y D. Jacinto Octavio Picón.

Lo que sí no está en tela de duda ni sujeto á discusión es la verdad evangélica de que doña Emilia es una ilustración A número 1, y nó de periódico. En Rusia la conocen porque ella dió á conocer en la Europa occidental todo el valor de la literatura moscovita. El Conde de Tolstoy, y otros que no son Condes, han estado en Madrid de cuerpo entero, gracias al talento de un escritor mujer, que se mueve lo mismo en las crestas de los Andes hablando de nuestra gente, como en las silenciosas estepas rusas.

Respecto de lenguas extrañas, para ella vale lo mismo desmenuzar á un Richepín recién salido de las prensas de Calmann-Levy como ponerse ronca leyendo á Goethe en su lengua y á Shakespeare en la suya. De latines no se diga: Ovidio es de la casa, y el maestro Virgilio no se apea de la mesita revuelta que queda á la derecha de su escritorio. Dicho se está, y por sabido me tengo, que la biblioteca de la señora Bazán debe de ser algo así como aquella que consumió la hoguera fanática de Omar, con ligeras diferencias de pié de imprenta. Por ahí anda un periódico de ella en que nos dice mensualmente la letanía de los libros que le mandan *gratis et amore* para que los lean esos ojos andaluces, que según dicen los que los han visto, diz que miran hondo. Pero que el diablo me lleve, si ella tiene tiempo y voluntad para leer todo eso. Por mucha enciclopedia que quiera uno sorberse, la médula espinal no da para tanto.

Lo mejor es que este diablo de mujer, como diría Voltaire, ó esta mujer del diablo, como diría Rabelais, posee el secreto de las dualidades. Se levantó un día escudriñando con la mirada semi-dormida las peregrinas lucubraciones del inglés Darwin, y escribió un libro. Almorzó ese día con el Padre Feijoo, y al acostarse le dictó á su camarera, que sabía leer y escribir, un párrafo para *La Revista de España*, que dio por resultado la trasnochada más grande que se ha pegado Menéndez Pelayo, hombre que, según dicen, juega tresillo con Horacio y Fray Luis de León á altas horas de la noche.

## AMOR.

Los nidos! los pajarillos!  
Las flores! las mariposas!  
¡Por todo esto suspiraba  
En mi niñez candorosa!

Conoci luego á una rubia  
Y, con el alma afanosa,  
Suspiré yo mucho, mucho,  
Por besar su linda boca.

Mas, ¡ah! que la muerte fuese  
Contra la niña y, traidora,  
La tomó en brazos, riendo,  
Y la escondió en una fosa.

Vi después un rosalito  
En su sepultura angosta....  
¡Cómo suspiré, besando  
Aquellas benditas rosas!

\*\*\*

Cuando ella murió, en mi pecho  
Sentí sollozar el alma,  
Y murmuré: "Si ella nunca,  
Nunca supo que la amaba!"  
Y esa noche víla en sueños  
De azahares coronada:  
Descendió de las alturas  
Con hermosísimas alas,  
Llegó junto á mí; besóme  
Como niña enamorada,  
Y, suspirando me dijo:  
"De ti nadie me separa...."  
Desde entonces ¡oh Dios mío!  
Santa paz llevo en el alma,  
Pues, tranquilo, siempre creo  
Que ella es ángel de mi guarda.

Juan A. Solórzano.

## NUESTROS NOMBRES

### I

Sobre la arena grabó mi nombre  
y leve viento lo arrebató.  
Quedó la playa serena y fría  
de negra noche bajo el crepón.

Años más tarde, de su memoria  
también mi nombre desapareció....

¡Como la playa, como la noche,  
quedó sereno su corazón . . . . .

## II

Grabé su nombre sobre la nieve  
y al levantarse radiante el sol,  
letra por letra, gota por gota,  
como llorando lo disolvió.

Cuando su olvido me hirió en el alma  
borrar yo quise mi ardiente amor,  
y, sin embargo, cuando la nombro  
llora en silencio mi corazón.

ADOLFO LEÓN GÓMEZ.

---

## MISCELANEA.

---

“LA JUVENTUD SALVADOREÑA”  
desea á sus estimados lectores y á  
sus bellas y amables lectoras las  
más alegres pascuas y el más fe-  
liz año nuevo.

Se honran las páginas de nues-  
tra Revista con la poesía que nues-  
tro eximio poeta D. Francisco Gavi-  
dia escribió en el álbum de la Srta.  
María Cáceres B. Tal producción,  
digna de la bella y virtuosa seño-  
rita Cáceres, es una de las más her-  
mosas y fragantes flores del pre-  
cioso ramillete que le han consa-  
grado la inspiración y el talento.

GRACIAS.—Las damos muy ex-  
presivas á la distinguida escritora  
hondureña que se oculta con el  
seudónimo *Leonor*, por la colabo-  
ración con que nos ha honrado.  
También agradecemos la del nota-  
ble poeta peruano don José Fian-  
zón, la de nuestro consocio Sixto  
Morales y la de nuestros amigos  
Alfredo Quiñones, *L. del Valle*, Jo-  
sé Cáceres B. é Ismael G. Fuentes.  
Ojalá que tan amables escritores

sigan favoreciéndonos con su im-  
portante colaboración.

DUELO.—A nombre de nuestra  
Sociedad, damos el más sentido  
pésame á nuestro querido amigo y  
consocio don Jeremías Martínez,  
por el sensible fallecimiento de su  
padre don Jerónimo Martínez, ocu-  
rrido en Chalatenango en el mes  
de noviembre. Quiera el cielo dar  
resignación á nuestro compañero,  
que ha sufrido una pérdida irre-  
parable.

VALIOSO REGALO.—Es el que ha  
hecho á “La Juventud Salvadoreña”  
doña Mercedes Cabello de Car-  
bonera, enviando para la bibliote-  
ca de la Sociedad sus afamadas  
novelas *Blanca Sol*, *Las Consecuen-  
cias* y *El Conspirador* y sus intere-  
santes estudios *La Novela Moderna*  
y *La Religión de la humanidad*.  
Conocidas como son en toda Amé-  
rica las obras de la señora Cabello  
de Carbonera, nos creemos dispen-  
sados de emitir juicio sobre ellas,  
limitándonos á dar las más rendi-  
das gracias á la ilustre escritora  
peruana, por tan inestimable re-  
galo.

MARCELINO JARAMILLO ORTIZ, so-  
cio corresponsal de “La Juventud  
Salvadoreña” en Buenos Aires, fa-  
lleció el 7 de agosto anterior. Nues-  
tra Sociedad lamenta esa pérdida,  
y envía por nuestro medio sus ex-  
presiones de condolencia á la se-  
ñora viuda de nuestro compañero,  
doña Teresa Costa de Ortiz, quien  
se ha dignado participarnos la tris-  
te noticia.